





# EL VENDEDOR DE TELAS



Vicente Cauce Triguero

# EL VENDEDOR DE TELAS



Primera edición: noviembre 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Vicente Cauce Triguero

ISBN: 979-13-87909-50-5

ISBN digital: 979-13-87909-51-2

Depósito legal: M-24070-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mis padres,  
que vivieron en aquella época y en aquellas tierras.*





«¡Tan fuerte es el amor como la muerte!  
¡Tan cierta es la pasión como la tumba!».  
(Cantares 8: 6-7)



# I

En aquellos pueblos y aldeas de la Alcarria conquense, el destino de cada joven parecía escrito. Sin embargo, Julio dio un giro radical a su vida en aquella mañana de 1949. Desde que el joven saltó de la cama, se vistió rápido y, con el agua fría de la palancana, borró el sueño de su cara en un santiamén.

En la sala de estar, colocó en el morral un bocadillo y, para vender, bobinas, dedales, agujas, botones, cremalleras, medias, espejos pequeños... Terció el morral al hombro. Ajustó las dos correas del fardo de retales que reposaba en la banca de madera, se lo echó a la espalda y así comenzó su primera salida por los pueblos como vendedor de telas.

—Ve con cuidado. No te pierdas por esos caminos ni te entretengas. —Mercedes abrió la puerta de la calle y acarició con la mano el brazo de su hijo.

—Descuide. Nos vemos esta tarde. —Sonrió a su madre adoptiva. Mercedes y Gregorio el Zurdo lo habían sacado de la Inclusa de Madrid ocho años atrás.

Avanzó por las calles solitarias, oscuras y terrosas de Bumier. Sus pasos decididos resonaron en el espeso silencio de la noche. Sobre él, y sobre los humildes tejados de barro cocido, resplandecía la luz eterna del cielo estrellado. En cambio, la luz eléctrica solo había llegado a Bumier quince años atrás, y las bombillas alumbraban muy débiles en algunas esquinas. A la salida del pueblo le animó el primer quiquiriquí del día.

Por delante, colinas y senderos, senderos y colinas. Nueve kilómetros de subidas y bajadas hasta llegar a Zueque, salvo algún tra-

mo de llano. Pero caminó rápido, incluso en los repechos, cuando su espalda se encorvaba bajo el pesado fardo de retales. Hasta que llegó rendido a lo alto de un collado, descargó las telas y el morral y alzó varias veces los hombros agarrotados. Respiró hondo, muy hondo, el olor del tomillo y del romero, la humedad de la tierra y de los sembrados.

Las aves se despertaban alborozadas ante la claridad de la aurora: unas totovías se llamaban aleteando sobre los verdes sembrados, unos jilgueros trinaban sobre los primeros brotes de las vides, las torcaces se arrullaban entre olivos y encinas, y unas perdices cantaban en una linde salpicada de retamas amarillentas.

Poco a poco, segundo a segundo, latido a latido, el corazón de fuego del sol se asomaba sobre la cima de los montes, arrebolando la inmensidad del cielo. El viento empujaba hacia Julio las nubes rojas. Las grises colinas parecían gigantes acostados y medio dormidos, a punto de despertarse, y con la piel cuarteada por profundas arrugas.

Sonrió al amanecer que parecía capaz de desterrar todas las sombras, incluso las tenebrosas sombras del odio y del hambre que assolaban con frecuencia aquella tierra. Sí, ¡él también había vivido aletargado y medio dormido! Pero al fin acababa de levantarse, de despertar a una nueva vida. Atrás quedaban los días de penitencia, el viacrucis de la Semana Santa, la muerte en vida planeada por su padre adoptivo. El día anterior, Domingo de Resurrección, don Dimas había sermonado desde el púlpito sobre el triunfo de la vida frente a la muerte, sobre el renacimiento del alma y de la carne. Y las campanas, con su voltear alegre y estruendoso, habían proclamado el resurgir de la primavera. Que otros, pero no él, obedecieran sin rechistar a lo impuesto por los mayores y por la costumbre. ¡Ya era un hombre, capaz de decidir por sí mismo! No había vuelta atrás. ¡Mejor echarse a andar y ver qué pasaba! Con un poco de suerte, ganaría bastante dinero con las telas, mucho más dinero que hasta entonces. ¡Paso a paso saldría adelante, costara lo que costara! ¡Aunque su padre adoptivo y algunos vecinos pensa-

ran lo contrario! ¡Aunque tuviera que acarrear una carga tan pesada por aquellos andurriales, y los cerros fueran más altos y las cuestas más empinadas!

Continuó su marcha por un laberinto de senderos zigzagueantes. Frente a los mojones de un cruce, dudó qué dirección seguir, pues era la primera vez que caminaba en solitario hasta Zueque. Se dirigió decidido hacia el sonido de unas esquilas, hasta que unas ovejas lo observaron extrañadas, quizá por encontrarlo tan solo, tan temprano y tan lejos de cualquier poblado. Un zagalico, refugiado en una paridera, le indicó el camino correcto.

Al cabo de casi tres horas, llegó a las afueras de Zueque, el pueblo más importante en varias leguas a la redonda después de Altomira. Dejó el fardo sobre un muro de mampostería, al borde del camino. Quitó el trapo que envolvía las telas, y estas mostraron todo su color y calidad. Apretó con las dos manos el metro de madera. Su arma para medir las telas. Su arma para conquistar Zueque y los pueblos de alrededor. Y con la vara marcada también: los mayores aún hablaban de varas, arrobas, cuartillos, celemines, fanegas... Y fijó la vista en aquel pueblo que albergaba a unos seiscientos habitantes en unas ciento treinta casas.

Zueque, con sus casas de piedra y sus tejados oscuros y enmohecidos, descendía por la ladera suroeste de una colina hasta una amplia explanada, en cuyo centro se alzaba la plaza Mayor, el corazón del pueblo. La iglesia, con sus recios muros de piedra ocre y su elevada torre, sobresalía por encima de los tejados y se asomaba a un pequeño valle, donde un arroyo regaba las huertas. Al sur, la curva plateada de la carretera nacional abrazaba al pueblo. Al norte, el terreno llano y firme del ejido. A lo lejos, las grises colinas, moteadas de verdes encinas y olivos.

El humo de las chimeneas esparcía el grato olor de los hogares: el de la leña quemada y el de los guisos en los pucheros de barro y en las sartenes de hierro o de cobre. Reparó en los sonidos habituales de aquellos pueblos, en los sonidos que algunos ancianos todavía recuerdan con orgullo y cariño: el cacareo de las gallinas y

el gruñido de los cerdos en los corrales; los golpes secos del mazo del herrero en el yunque de la fragua; y, en las calles, rebuznos, ladridos, voces aisladas, y el alegre gorjeo de las primeras golondrinas del año.

Bajó con cuidado la pendiente cubierta de guijarros sueltos hasta llegar a la carretera nacional. A la entrada del pueblo, el yugo y las flechas de madera, clavados en un poste de pino, le despertaron duros recuerdos. Y se dirigió a las terrosas calles del barrio alto, donde parecía más difícil vender.

—¡Telas! ¡Telas! —voceaba sonriente y bien erguido bajo su pesado fardo. Puerta tras puerta, golpeaba con los nudillos o daba dos aldabonazos; saludaba y se presentaba. El interior de algunas casas parecía una cueva lúgubre: el suelo de tierra apisonada, las paredes ennegrecidas por el humo de la chimenea o por la humedad y las habitaciones iluminadas por rústicos candiles. Entonces callaba y apartaba la mirada, con el corazón encogido, incapaz de resignarse a tanta pobreza.

—¡Eh, muchacho! ¿Un recuerdo? —Isidro el Botón, un fotógrafo ambulante que recorría los pueblos durante las fiestas y al final del curso escolar, lo invitó a entrar en su casa y estudio. El joven se sentó en una silla de anea, delante de un telón estampado de flores. Sujetó el metro con la mano derecha, puso el fardo de telas sobre sus rodillas y sonrió a la cámara. El retratista, apenas más alto que la cámara colocada sobre un pequeño trípode de madera, enfocó durante unos minutos, hasta que surgió un fogonazo. Julio insistió, al despedirse, en que le tuviera lista la foto para el jueves siguiente.

En el centro de Zueque, le compraron más que en el barrio alto. En casa del sastre y en la de la modista, intentó vender las telas más caras para las fiestas patronales de mayo; en el horno, unos metros de retal para hacer delantales. En la escuela, los niños cantaban interminables tablas de sumar y multiplicar, como si entablaran una charla amistosa con los gorriones anidados en los tejados próximos.

A mediodía, llegó a la plaza Mayor. Un olmo gigantesco se alzaba en mitad del amplio rectángulo. Se sentó en un largo banco de piedra, bajo las ramas que verdeaban. Al lado había una fuente redonda, de unos dos metros de diámetro, en cuyo centro destacaba una pilastra con un caño de agua no potable. Las casas encaladas y de tres alturas limitaban el lugar más concurrido del pueblo.

Colocó sobre el banco una decena multicolor de retales, aunque predominaba el color blanco para hacer sábanas, camisas o ropa interior. Del morral sacó botones, medias, dedales, bobinas... Y esperó de pie, y sonriente, a que las mujeres se acercaran a por agua.

—¡Telas! ¡Traigo las mejores telas! Y gratis, un metro gratis. Solo por hoy, solo por hoy. —Aunque la oferta solo se aplicaba a varios metros del retal más caro—. Pueden pagar con huevos o con aceite. Compren y no se arrepentirán. ¡Aprovechen, señoras, el mejor precio!

La fuente propagaba su monótono rumor, las golondrinas gorjeaban alegres y exaltadas en los cables de la luz y un afilador de cuchillos pasaba en bicicleta, haciendo sonar un silbato. Poco a poco, un corro de mujeres se formó alrededor de las telas de retor, pana, percal, loneta..., y empezaron a tocarlas por el borde, a examinarlas de cerca, a opinar sobre la calidad de cada una.

Las viejas vestían de riguroso negro, de un negro deslucido por el uso y los lavados: el pañuelo anudado bajo la barbilla, la toca de lana sobre los hombros y las gruesas medias hasta por encima de las rodillas. La mayoría de las jóvenes iban de gris; otras, de luto, del triste luto de la Guerra Civil. Todas miraron curiosas a aquel mozo alto y fuerte.

—Si no te subes a la parra, a lo mejor te compramos —dijo una viejecita.

—¡Eso! No somos ricas, como don Alejo. —Una joven clienta señaló una casona con escudo, al este de la plaza Mayor.

—Ni como el señor Blas —La viejecita miró hacia una casa antigua, en un ángulo de la plaza con la calle principal, con unas letras negras en la fachada: «Ultramarinos-Bar».

—¡Pero si son las más baratas! Miren sin compromiso y aprovechen la oportunidad. Vienen directamente desde Madrid. ¡Las compré pensando en ustedes! Y bobinas, dedales, espejos, tijeras.

—¡Menudo tunante estás hecho! —dijo la viejecita.

—¡Toquen, señoras! ¡Son las telas más fuertes y resistentes! O miren estas, tan alegres que les quitarán años de encima —repetía sin dudar.

—Tú nos engañas con tanto palique. Aunque, con esa cara, parece que nunca has roto un plato —dijo otra mujer que, tras bromas y regateos, le compró unos metros para hacer sábanas y almohadas, y para renovar los cuellos y puños de las camisas.

—¡No hay comparación! Se lleva lo mejor. Ya me lo dirá el jueves. Estaré otra vez por aquí. — Y midió con el metro de madera y cortó con unas pequeñas tijeras.

Aquellas mujeres solo tenían lo más necesario. Por eso se alegraban mucho con la compra de poco, de muy poco: una tela barata para un mandil o una combinación o unos remiendos; o un simple dedal, una bobina, unos botones, unas agujas.

Una hora después, preguntó dónde tomar un chato de vino. Le indicaron las letras negras y grandes: «Ultramarinos-Bar». Dirigió sus pasos hacia la casa antigua, de piedra y madera, con una amplia fachada orientada hacia la calle principal, aunque también tenía un balcón hacia la plaza Mayor. Una casa de tres pisos, como era habitual en la Alcarria conquense: la planta alta o buhardilla solía estar bajo un tejado a dos aguas y servía para almacenar el cereal en las trojes, para secar los jamones en invierno, para guardar recuerdos u objetos en desuso, para albergar a veces un pequeño palomar; en la intermedia, los dormitorios, con la alcoba interior separada por una gruesa tela; en la baja, la cocina con su chimenea, la sala de estar o salón o comedor y, en ocasiones, el paso al corral y a la cuadra, incluso a un sótano o a una bodega.

Entró en el portal, que tenía el suelo de cantos rodados y espacio para dos carros. A su izquierda, la entrada a la tienda de ultra-



marinos; a su derecha, la del bar; enfrente, cerrada, una puerta de cuarterones. Se dirigió hacia esta y agarró la bola de la aldaba. De repente, sin que le diera tiempo a llamar, apareció una joven canturreando el estribillo de una copla de Concha Piquer: «Tus ojos negros, tus ojos tienen la *curpa* de *to*». Y parecía muy abstraída en aquella historia de amor que sonaba en la radio del bar.

—Hola. ¿Está el ama? —Y quedó sorprendido ante unos ojos tan negros como los del estribillo de la copla.

—Ha salido. —Y se contagió del desconcierto y de la aparente timidez del forastero.

—No importa. Vendo telas. ¡Las mejores! —Su corazón comenzó a latir más aprisa ante la presencia de la joven, ante una mirada tan profunda y brillante. Nervioso, descargó el fardo y lo apoyó en la banca de madera situada al lado de la puerta—. Llevo lo mejor de lo mejor. ¿Qué color te gusta más?

—Depende de para qué. —Sonrió levemente y alzó los ojos hacia el rostro de Julio.

—Pues para una falda o una camisa; o para lo que quieras. Mira, he traído de todo. Hasta tela de holanda, la que compran los mejores sastres. Y eso que vengo desde Bumier. —Señaló con la mano derecha el fardo de telas y quedó algo abstraído.

¿Cuántos años tendría aquella joven tan guapa y de aspecto responsable e inteligente? Quizá unos dieciocho, como él, o quizá menos. ¡Parecía tan esbelta con el jersey verde oliva y la falda gris! Su media melena negra, partida por la mitad por una raya, acentuaba la blancura de su piel y armonizaba con sus ojos oscuros y expresivos.

—¿Vienes con eso desde Bumier? —Levantó sus finas cejas y miró las telas.

—¡Claro! Yo puedo con eso y con mucho más.

Sí, ¡pocos, muy pocos mozos de Zueque eran tan altos y fuertes! Ninguno hablaba con tanta seguridad y rapidez. Con unos ojos tan azules, para nada tenía pinta de pueblerino. ¡Parecía tan distinto a los demás mozos! Su cara y su sonrisa inspiraban confianza.

Destacaba el mentón cuadrado. En su pelo castaño, corto y liso, peinado con una raya lateral, sobresalía un remolino rebelde al lado de la coronilla. Bajo su chaqueta de pana gris, parecida a la que lucían algunos campesinos en la misa dominical, se veía un jersey gris de pico sobre una camisa blanca con cuello de tirilla. Y ¿por qué llevaría en el cuello un medallón plateado, un poco más grande y grueso que una perra gorda y con un león grabado?

—¿Venden telas ahí? —y el joven señaló la tienda, donde charlaban unas mujeres; aunque ya le habían dicho que allí solo vendían retales para hacer mandiles y bastas sábanas.

—Mi padre vende muy pocas. —Negó ella con la cabeza al tiempo que le sorprendía el aspecto afable y decidido de Julio.

—Toca esta tela negra con lunares blancos. Queda muy bien para una camisa o para un traje y hace juego con tus ojos. —E intentó silbar la música de la copla que acababa de escuchar en la radio y en la boca de ella: «Tus ojos negros, tus ojos tienen la *curpa* de *to*».

La joven sonrió al escucharlo desafinar. De pronto, sus cuerpos se estremecieron con el roce de sus dedos. Ella retiró aprisa la mano y se sonrojó ante la cercanía de los ojos tan azules y tan claros.

—Demasiado fina para amasar el pan.

—¿Tú también vas al horno? —dijo, acordándose de las mujeres con los mandiles manchados de harina.

La muchacha asintió con la cabeza.

—No te he visto por allí. Si no, me acordaría de tus ojos. —Al cruzarse sus miradas, el vendedor volvió a perder por un segundo su facilidad de palabra—. Quedan unos veinte días para las fiestas de la Virgen. Elige la que más te guste, o encárgame una y te la traigo enseguida.

—Teresa, acércate ya a casa de Leonor. No tardes, hija. —Julio se volvió rápido, sorprendido por una voz tan grave. Un hombre de mediana estatura y fuerte como un chaparro, parado en el umbral del bar, los observaba atusándose el mostacho negro y con las

puntas hacia abajo. Aparentaba unos cuarenta y cinco años. Su calva relucía como un enorme huevo marrón puesto al sol. Y la recta nariz parecía apoyarse en el arco de medio punto del mostacho.

—Me espera una amiga. Nos vemos luego. —El vendedor de telas se quedó aturullado mirando las piernas delgadas y bien torneadas de Teresa, que se movían ágiles y decididas hacia la calle.

El bar era amplio: a la izquierda, un pequeño mostrador de pino y la puerta de la cocina; a la derecha, seis mesas de madera, dos toneles junto a una deslucida pared de yeso y, en medio de dos ventanas, una gran jaula vacía, un almanaque de 1949 y una radio Telefunken sobre una balda; al fondo, el gris metálico de una estufa de leña apagada; sobre el suelo de cemento, un gato dormitaba al calor de los rayos de sol que se colaban por los postigos abiertos.

Entró con el fardo sobre la espalda y el morral colgado del hombro izquierdo. En la mano derecha sujetaba una cesta de mimbre medio llena de huevos. Saludó en voz alta a los presentes: cuatro lugareños con boina negra y, en una mesa aparte, un joven vestido con una elegante chaqueta parda. Todos miraron atentos al recién llegado.

—Muchacho, ¿qué llevas ahí? —El padre de Teresa salió de la cocina y, mientras se dirigía hacia la mesa del joven elegante, señaló con la mano los diez pequeños paquetes de retal del fardo de Julio.

—Las mejores telas. Y espejos y botones. ¡Todo a buen precio! Cómprnle algo a la parienta. —Los parroquianos negaron lentamente.

Dejó los bultos sobre una silla de anea. Se sentó en una mesa contigua a la del padre de Teresa y el joven bien vestido. El muchacho que atendía el bar entró desde el portal y ofreció cocido completo a Julio; pero este sacó del morral su bocadillo de lomo y de tortilla de patatas, y solo pidió un chato de vino.

Cuando le llenaron el vaso con una frasca, se giró y sacó el dinero del bolsillo interior de su chaqueta gris. La mayoría eran perras chicas y gordas. Las contó por encima y esbozó una sonri-

sa. ¡Le había ido bien la mañana! El sastre y la modista le habían encargado unos retales y quizá no se acercarán más a la tienda de confección de Altomira. Y le quedaban bastantes casas por visitar.

Creía que nadie lo observaba, pero el padre de Teresa se levantó a bajar el volumen de la radio y reparó en el dinero y en la alegría del joven.

—He oído que vienes desde Bumier. —Julio asintió; guardó aprisa las monedas y se giró hacia el padre de Teresa, que volvía a sentarse. — ¿Y de quién eres?

—De Gregorio y Mercedes. De los Sotoca. —Inesperadamente, el padre de Teresa apretó los labios y se movió inquieto en la silla, sobrecogido por un recuerdo perturbador, por un recuerdo que ni siquiera el paso inmisericorde de los años conseguía borrar. Y el disgusto apareció en su cara al pensar en Gregorio Sotoca, el Zurdo, un comunista al que conocía muy bien—. ¿Usted es el dueño, el señor Blas? —dijo el joven, aún sorprendido de la reacción del padre de Teresa.

—Sí, el mismo. No sabía que tuvieran un hijo.

—Hace mucho que estoy con ellos. —Y se calló de repente, al recordar su paso por la Inclusa de Madrid—. Me acabo de meter en esto. Me han dicho que usted no trabaja mucho las telas.

El señor Blas asintió. Aunque estaba al tanto de sus negocios, sobre todo de hacer la caja, apenas se ponía detrás del mostrador: Petra, la criada, lo hacía en la tienda y Anastasio en el bar. También era dueño de bastantes tierras, unas compradas durante los últimos años, y la mayoría heredadas de su familia. Como tenía mucho tiempo libre, se pasaba las horas muertas en su bar, donde repetía las ideas conservadoras que años atrás había escuchado a su padre, un gran admirador de Donoso Cortés; las repetía, sobre todo, cuando pegaba la hebra con don Alejo el Gallo, el terrateniente de Zueque. Y en la iglesia se arrepentía de sus pecados varias veces a la semana.

—Te enviará tu padre, el Zurdo, a vender —pronunció el mote con marcado sarcasmo, lo que volvió a extrañar a Julio.

—¡Qué val! ¡A él le gustaría verme en el pueblo, detrás de los mulos! Pero a mí el campo no me va mucho. Lo mío son las telas. —Y se calló de repente, cansado de dar explicaciones.

—Seguro que tu padre tiene razón, muchacho. A tu edad, deberías obedecer a los mayores. La obediencia es una gran virtud. —Le sorprendió el medallón plateado del vendedor. Comparó las botas polvorientas y los pantalones algo gastados de Julio con la chaqueta parda y elegante de Pedro el Sabadillos. Y pensó que aquel vendedor zangolotearía de pueblo en pueblo durante una o dos semanas hasta darse por vencido.

—¡Vaya señorito, señor Blas! Ni siquiera le gusta labrar ¡Pero si aquí todos somos de campo, como los ababoles! —dijo Pedro el Sabadillos con voz aguda, mirando por encima del hombro a Julio.

—Sí, pero unos más que otros. —El vendedor extendió sobre la mesa sus manos grandes y armoniosas, se estiró un poco en la silla y examinó de arriba abajo a Pedro el Sabadillos. ¡El único señorito sería él, con una chaqueta cara y elegante! Y tan tirillas, y con unas manos tan finas y delicadas, no habría dado un palo al agua en su vida. Ni podría con el fardo de telas, y menos durante tantas horas. Ni fuerza tendría para agarrar un pico y una pala. ¡Ni sangre en las venas! Y parecía un tontaina, un tonto sin solución, sin darse cuenta de que lo era. La peor clase de tonto.

—Hace poco me compré en Madrid, en Galerías Preciados, un traje a buen precio, por unas doscientas pesetas. Las camisas y pantalones pronto se venderán en las tiendas de los pueblos y nadie saldrá a vender telas —dijo Pedro.

—¡Aún falta para eso! Pocos vecinos se acercan a Cuenca, y menos a Madrid. Sale mucho más barato comprar mis telas —dijo aprisa el vendedor, sin entender por qué el joven elegante se metía con él.

—Bueno, cada uno se busca la vida como buenamente puede. Ahora, con el buen tiempo, llegan algunos vendedores en el coche de línea. Muchos desfilan por mi bar, pero pronto desaparecen

como el humo. Aunque Damián se acerca a vender telas desde Tuerga y en verano viene un quincallero de la Serranía.

En primavera y verano, Julio había visto a Damián recorrer las calles de Bumier con un burro cargado de telas, pero con un género más antiguo que el suyo. Reparó en el runrún de las clientas de la tienda, que llegaba por la puerta abierta. De la cocina salía el olor del cocido y de la leña quemada. El afilador entró y pidió cocido completo. Anastasio, sobrino del dueño, corrió hacia la cocina con la presteza de sus catorce años.

—Mira, voy a darte un consejo, pues no tienes pinta de tonto. —El señor Blas sonrió burlón, mirando al joven vendedor, y se infló al coger aire—. ¿Te has fijado en la zorra cuando va a entrar al corral, subida en la tapia o en el bardal? —Julio negó con la cabeza y el señor Blas esbozó una sonrisa irónica, medio oculta por el abultado y cuidado mostacho—. Pues la zorra estira el cuerpo y la cabeza, se asoma y se asoma con cuidado, y escucha muy atenta si las gallinas se alborotan. Pero, sobre todo, mira si puede escapar. Si no puede, no salta al corral. ¿Lo pillas, muchacho?

—Gracias por el consejo, pero saldré adelante —dijo despacio, con el ceño fruncido y con la mirada fija en su interlocutor—. No soy como la zorra. Ni como los borricos, que los atan a la noria, dan vueltas y vueltas y no llegan a ningún sitio.

—A este zorro, señor Blas, las gallinas se le escapan y se le suben al gallinero. Ten cuidado, que la piel de zorro se paga muy bien.

El vendedor de telas observó un instante a Pedro el Sabadillos. Aquel joven delgado y elegante parecía un junco al lado del robusto señor Blas. Su cara, muy fina y alargada, recordaba a la de los galgos. Su pelo, negro y liso, lo llevaba muy engominado y echado hacia atrás. Tenía el entrecejo hundido y los ojos pequeños; y la boca muy ancha, con los labios finos y apretados.

—¿No serás tú pellejero? —dijo Julio, acariciando el león labrado del medallón y observando cómo Pedro el Sabadillos apretaba los labios en silencio. Los parroquianos rieron la ocurrencia: nadie

con unas manos tan finas y delicadas se dedicaba a vender las pieles grasientas de las ovejas. Julio ignoraba que aquel joven elegante era el hijo de don Alejo el Gallo, el mayor terrateniente de Zueque.

El hijo de don Alejo comenzó a explicar cómo se encargaba del palomar de su familia, en las afueras de Zueque. La última semana había comprado un palomo ladrón para que robase muchas palomas y llenase pronto los criaderos. Y, mirando a los presentes, añadió que con tal distracción ganaría más que algunos campesinos, incluso más que algunos viajeros. Pero Julio y los clientes esbozaron una sonrisa escéptica.

— Eso está bien, Pedro. ¿Sabes con qué se distraen en Cuenca y en Madrid? —El joven palomero negó con la cabeza, mirando al padre de Teresa—. Con esas películas americanas escandalosas, donde las mujeres enseñan casi todo.

— Eso dice el periódico, señor Blas; pero no es para tanto, también hay que divertirse un poco —dijo Pedro, que frecuentaba el cine y los bares de Cuenca. Y en los bares hallaba su verdadero hogar, su mejor universidad. En ellos sacaba matrícula de honor, aunque había suspendido todas las asignaturas en la facultad de Derecho. Por eso don Alejo el Gallo, viendo que su hijo no sacaría ni la carrera del galgo, le aconsejaba ponerse la camisa azul e ir por rutas imperiales hacia Dios; o hacia un buen cargo público.

—Aquí, en el pueblo, la vida es más sana y auténtica. En las ciudades, algunos viven como si no creyeran en nada. —Y el señor Blas se giró hacia Julio—. Y a ti, muchacho, ¿cómo te dio por vender telas?

—Estuve tres años en Altomira, en la tienda de confección del señor Víctor. ¿La conoce? —El señor Blas asintió; y se fijó con mayor atención en el vendedor de telas, al pensar que el dueño de la tienda era exigente como nadie.

Julio recordó en breves segundos sus tres años como mozo y dependiente. Atendía a los clientes, limpiaba y ordenaba el negocio del señor Víctor; y este le daba un poco de dinero, comida y un catre en el fondo del almacén. Seguía a rajatabla el consejo del dueño

de halagar a cada cliente y no llevarle nunca la contraria, sobre todo en política. El señor Víctor le mostró el ejemplo a seguir: durante la Segunda República se había agenciado un carnet de la UGT y otro de la Falange, y sacaba uno u otro según le convenía.

Muy pronto se ganó la confianza del señor Víctor. Las ventas crecían, incluso cuando el dueño no aparecía por el negocio. El joven saludaba a los clientes por sus nombres, hablaba con ellos como si fueran viejos conocidos y se interesaba por sus problemas. Pero dejó el trabajo en enero, tres meses atrás, cuando no le subieron el sueldo de miseria que cobraba. Pensó que apenas había retales en las tiendas de la comarca, y que muy pocos salían a venderlos. Compró retales en Cuenca y en Madrid, a buen precio; y así se había lanzado al ruedo -o al corral, según el señor Blas-, pero sin ningún miedo.

—No me veía toda la vida detrás de un mostrador trabajando para otro. Ahora ganaré más —añadió el joven vendedor. El señor Blas lo creyó un interesado por preocuparse tanto del dinero, pero Julio lo necesitaba para hacer realidad sus proyectos: era difícil hallar un prestamista honesto que confiara en un muchacho pobre.

—¡Vaya labia se gasta el mozo, señor Blas! Casi ha *desplumao* a las clientas —comentó el afilador. El joven lo miró agradecido. Y se fijó en el segundo plato del cocido y en los trozos de pan sentado.

¡Claro que valía como el que más! O al menos lo intentaba. ¿Qué culpa tenía de que el señor Blas fuera tan poco tendero? No se echaría atrás, sin luchar. ¿Qué le iban a decir un señorito y un tabernero, si se pasarían la mañana en el bar sin dar palo al agua? No, no le convenía enfadarse con los clientes a las primeras de cambio. Le darían a la lengua por aburrimiento o por fastidiar. El señor Blas, con su mostacho de viejo zorro, sabría mucho más de lo que aparentaba. Mucho más. ¿Alguna historia de su padre adoptivo? ¿Por eso se había alterado tanto al oír el nombre de Gregorio el Zurdo? ¡Mejor no confiar en nadie! Vendería telas, pero pensaba en metas más ambiciosas. Iba solo, igual que la zorra, pero nadie le



echaría el guante. Con trabajo y trabajo, ningún corral podría apresarlos, por muy altas que fueran las tapias y abultados los bardales.

Comió despacio su bocadillo, sin apenas atender a las canciones de moda que sonaban en la radio. Estaba más pendiente del portal, por si volvía Teresa, la hija del señor Blas; hasta que escuchó a este exagerar aposta:

—Muchacho, ¡buenas ganas tenías! ¿Cómo me vas a pagar? He visto que contabas muchos duros.

—¡Qué imaginación se gasta, señor Blas!

—Pues no parece que te haya ido tan mal. Al menos te has ganado el jornal.

—Solo dan calderilla. Y eso, sobre todo eso. —Señaló con la mano las seis docenas de huevos de la cesta de mimbre. Huevos de corral, recientes y sabrosos, que sus clientes recogían de los ponederos y que el joven vendería en la capital cuando reuniera muchos más.

—Paga como quieras. Casi nadie tiene un real.

—¡Anastasio! —Pedro el Sabadillos miró a Julio y le hizo una seña al chaval, que tachaba con un lápiz el número 18 en el almanaque de abril—. Trae rápido dos copas de aguardiente. Invito yo.

Al acercarse Anastasio, Julio le preguntó en voz baja cuándo hacían el pan sentado que le había servido al afilador. El chaval respondió que la casa del señor Blas tenía hora para hornear a las nueve de la mañana, lunes, jueves y sábados. El vendedor sonrió al escucharlo.

—¡A ver quién tiene más aguante! —Pedro el Sabadillos indicó a Anastasio que le llenase la copa un poco más. Cada día se alegraba con el vino o el aguardiente de los bares, ya que presumía de tener el hígado a prueba de bomba.

—Los forasteros se la apuran de un trago. Es la costumbre de aquí —comentó el señor Blas, orgulloso de que las tradiciones religiosas se respetaran de nuevo, desde que España había vuelto a ser católica, apostólica y romana con el gobierno de las sotanas y de las camisas azules.

—¡Salud! —Julio alzó su copa y se la bebió de un trago, sin alterarse por el alcohol—. Buen matarratas, señor Blas. Sirva algo mejor otro día.

—¡Ponle otra! —Pedro el Sabadillos, sin darse por vencido, señaló a Anastasio la copa de Julio.

—Puedo con otra y con más, pero aún me quedan muchas casas. En otra ocasión. —Puso la mano sobre la copa, sacó unas monedas y, mirando fijamente a Pedro y al señor Blas, tiró una perra gorda sobre la mesa—. Y esto por lo del matarratas. Me sobran cuartos para pagar yo.

—Aquí estamos, muchacho, si no te echas atrás con las telas. Pero recuerda el ejemplo de la zorra y que debes obedecer a tus padres.

—Usted recuerde echarle más chicha al cocido, si no quiere cerrar el bar —dijo el vendedor, irritado con tanta obediencia.

—¡Que te cunda! Si no bebes como un hombre, como yo, no vales para vender. —Julio se giró despacio, cerca de la salida, pero se calló al fijarse en la cara algo enrojecida de Pedro el Sabadillos.

Se sentó en la banca del portal con el fardo sobre las rodillas. Muy pendiente de la puerta de la calle, se pasó varias veces la mano por el pelo y sacó algo de brillo a sus botas con un diminuto retal usado. Poco después, Teresa entraba casi corriendo.

—¡Espera! Mira más telas, sin ningún compromiso. —Se levantó aprisa y extendió el brazo hacia la derecha, a media altura, por donde pasaría la joven.

—Es que llego tarde a comer —dijo, sorprendida de ver tan aseado y limpio al vendedor de telas.

—¡Solo es un segundo! Tu padre aún sigue en el bar. ¿Has visto unas medias de cristal? Son muy suaves y resistentes, la última moda. —La joven negó con la cabeza: las medias de nailon o de cristal eran una completa novedad, sobre todo en pueblos tan remotos—. Otro día te las enseño. Ahora toca estas telas tan suaves. De esta calidad solo las encuentras en la capital. Pronto será la fiesta de la Virgen

Ella no pudo resistir la tentación de tocar el tejido. Sus finas y oscuras cejas se movieron arriba y abajo, abajo y arriba, tan rápidas como alas de golondrina. De pronto alzó la cabeza y miró a los ojos del vendedor. Los dos jóvenes se turbaron durante un par de segundos.

—Aún falta casi un mes. No corre tanta prisa. En otro momento que vengas. ¡Que tengas un buen día!

Le agradó la rapidez y claridad con que ella hablaba. Al rozar sin querer las manos finas y delicadas, sus cuerpos se estremecieron. La joven corrió de pronto hacia la puerta de cuarterones. Julio quedó turbado por unos pasos tan rápidos y enérgicos, por unas piernas tan bien torneadas.

—El jueves me pasaré por el horno. ¡Espero verte!

Sorprendida, esbozó una sonrisa y giró la cabeza cuando abría la puerta. Y él quedó inmóvil durante unos segundos, mirando fijamente a una joven tan segura y decidida al andar, y con una mirada tan expresiva y alegre. Salió despacio y sonriente del portal. Sabía dónde y cuándo se volverían a encontrar.

El atardecer lo sorprendió desandando los caminos de la mañana. Con cierto temor a que se hiciera noche cerrada y a tropezar con las retamas, el romero y el tomillo que invadían una parte de los senderos. Al igual que a la ida, se paraba de cuando en cuando, y respiraba el aire puro y fresco que envolvía la tierra dormida, con casi todos los animales retirados a descansar. El fardo de telas resultaba un poco más llevadero tras las ventas del día, aunque la cesta iba casi llena de huevos.

Se paró frente a las huellas de un zorro, bien marcadas en el polvo del camino. ¿Acaso el señor Blas quiso indicarle, con el ejemplo de la zorra, que no se acercara a su hija? ¿Habría notado su interés? Desterró tales ideas y prosiguió su marcha, silbando la copla escuchada a Teresa.

Sí, había recorrido casi seis leguas, más las calles de Zueque, siempre con su pesado fardo a cuestas. ¡Una tarea imposible para

muchos! Y pocos se atrevían a decidir por sí mismos. Esperaban que les dieran todo hecho, como los gorrinos en su cochiguera, que solo deseaban holgazanear y zampar, zampar y holgazanear. Pero él tenía una idea, un objetivo. Un objetivo por el que luchar, por el que recorrer aquellos caminos. ¡Y había salido victorioso en su primera batalla! Y también más fuerte, más libre, capaz de calzarse las botas de siete leguas y alcanzar con dos zancadas el lejano horizonte.

La luna se asomó pálida en el horizonte y comenzó a acompañarlo en su camino de regreso. Una luna creciente, de resurrección, como el amanecer visto horas atrás. Cuando la rodearon unas nubes oscuras, se acordó del rostro de Teresa enmarcado por el pelo negro. Pronto la noche se volvió algo más oscura, aunque salpicada de estrellas tan centelleantes como las chiribitas que desprendían los ojos negros de Teresa. Y él avanzaba por aquella brillante oscuridad como si se adentrara más y más en la mirada que no podía apartar de su imaginación.

Poco después, divisó las tenues luces de su pueblo. El cielo estrellado derramaba su tesoro de plata sobre los humildes tejados. Aceleró el paso: quería explicar a sus padres lo bien que le había ido en su primera salida con las telas.

Mercedes, su madre adoptiva, lo recibió con una sonrisa; en cambio, Gregorio el Zurdo lo miró disgustado. El joven contó orgulloso los detalles del día: las ventas realizadas, los encargos que le habían hecho y el encuentro con el señor Blas en el bar de Zueque. Poco a poco, sacó de su chaqueta un puñado de dinero. Las perras chicas y gordas cubrieron casi por completo la mesa de la sala de estar. Sonrió al coger algunas monedas, al sentir la suave caricia entre sus dedos, al ver la alegría de sus padres adoptivos. Las contó una a una, céntimo a céntimo, como un pequeño tesoro. Formó tres montones: uno se lo dio a su madre para que lo administrara, otro lo reservó para comprar más telas y el más pequeño lo puso en una caja metálica para ahorrar. Comprobó los metros de tela vendidos, y calculó que había ganado algo más del doble que el mozo que lo sustituía en las labores del campo.

—¿Has visto al tío Eufrasio? —El joven miró a su madre y negó con la cabeza—. Pues habla con él. Te aconsejará bien. Estuvo vendiendo por los pueblos.

El tío Eufrasio era primo de Mercedes. Julio lo había visto algunas veces, y el viejo le caía muy bien. En aquellas tierras, se llamaba «tío» a las personas que rondaban o sobrepasaban los sesenta años y que merecían respeto.

Cenaron frente al calor de la chimenea. Gregorio permaneció callado, aún molesto porque Julio había salido a vender sin su permiso. Después, en la sala de estar, el joven frunció el entrecejo al ver cómo Gregorio contemplaba la foto de Ángel, colocada sobre un bajo y estrecho armario de dos puertas. ¿Por qué su padre miraba tanto la foto del hijo muerto en la guerra, trece años atrás? ¿Acaso pensaba que Ángel le hablaría desde la eternidad y le animaría a luchar por los ideales revolucionarios que padre e hijo habían defendido? ¿Y por qué se había molestado al oír el nombre del señor Blas? Igual que este se había disgustado al escuchar el nombre de Gregorio el Zurdo.

—No te ha ido mal, pero solo ha sido el primer día. No echas tan pronto las campanas al vuelo —le dijo Gregorio. El joven se calló, harto de discusiones con su padre adoptivo. Pensó en los planes del día siguiente, como era habitual en él, y se retiró a su cuarto.

Al principio, le fue imposible dormirse. Imposible que su corazón no se alterara con los recuerdos de aquel día. Primero pensó en el dinero ganado con las telas, al igual que en el bar de Zueque o al llegar a casa. Para eso había salido a vender. Pero su recuerdo se volcaba en las palabras, en las miradas y en la forma de andar de la hija del señor Blas. Su cuerpo se hundía en el colchón de lana y en el somier de muelles metálicos del mismo modo que su espíritu en la imagen de Teresa. Y cada vez más sorprendido con los fuertes latidos de su corazón. Nunca, nunca le había pasado algo así, con ninguna joven. Permaneció despierto y feliz durante un buen rato.

Poco a poco, se serenó. Al día siguiente le esperaban nuevos caminos, nuevos pueblos y aldeas. Y el jueves hablaría otra vez con

Teresa. ¡Sabía muy bien dónde encontrarla! ¡Y también qué regalarle! Algo que ella no aguardaba, que sería una verdadera sorpresa. Pronto lo tendría preparado.

Un pesado sueño cerró los ojos del vendedor de telas, hasta dormir plácida y profundamente. Entonces no imaginaba la confesión que una noche escucharía frente al calor de la lumbre, la confesión que trastocaría sus planes; ni los obstáculos que se presentarían en su camino, ni los rivales que tendría en Zueque.

## II

Al día siguiente procuró coincidir en la salida con Pepe el Coplas, el hijo del panadero de Bumier. La familia de su amigo comenzaba a hornear el pan de madrugada; y los martes Pepe salía con su burro a repartir por los pueblos y por alguna casa aislada, como la del peón caminero, aquellas grandes hogazas que se mantenían tiernas durante una semana. Casi todos los vecinos de Bumier preparaban la masa y la llevaban al panadero para que la hornease; pero algunos lugareños le entregaban harina, y por cada cien kilos recibían a cambio unas ochenta y cinco hogazas, de casi un kilo cada una.

Pepe, de veintitrés años, jugaba algunas tardes a la pelota con sus amigos del equipo de Bumier: Julio y Macario, el Maca, el hijo del molinero. Pero el cante era su auténtica, su verdadera pasión. Desde muy niño escuchaba embelesado cuando alguien cantaba en las fiestas o romerías, en el horno o en el huerto, durante la calurosa siega o durante la friolenta recogida de la aceituna. Como sus padres carecían de un aparato de radio, permanecía muchas horas en la casa del abuelo, disfrutando con las coplas y canciones de moda. Nadie sabía mejor que él las letras de las canciones, y también la vida de los intérpretes más famosos: Manolo Caracol, el Príncipe Gitano, Concha Piquer...Y nadie de aquellos pueblos imitaba tan bien la voz clara y versátil de Juanito Valderrama.

Soñaba con ser famoso cuando participara en un concurso radiofónico de cante en el lejano Madrid. Mientras surgía tal oportunidad, ensayaba al amasar y hornear el pan, al caminar junto a

su burro cargado de hogazas y en algunas bodas, comuniones y bautizos. Los vecinos elogiaban su forma de entonar, y a veces interrumpían su labor en el campo para escuchar aquella voz cantarina, que unos comparaban con la de un jilguero y otros con la de un ruiñeñor.

Aquel martes los dos amigos partían con la fresca, poco después del alba, hacia Guadatur y Torresaltas, en dirección opuesta a Zueque. El sol ya se alzaba sobre la cumbre de los montes y refulgía en las aristas de los numerosos yesares. El burro de Pepe abría la marcha con un gran serón repleto de hogazas recién sacadas del horno y con el fardo de telas de Julio sobre la albarda. El vendedor de telas contó su salida del día anterior, sobre todo lo ocurrido en el bar del señor Blas. Como si le fuera indiferente, preguntó a su amigo si conocía a Teresa.

—¡Qué buena moza se ha hecho! —Pepe el Coplas, que paraba en el bar del señor Blas, se levantó un poco la boina negra y se acarició las puntas de su pelo rapado.

Julio suspiró. Sí, era la joven más guapa de Zueque y de Bumier; sobre todo, con unos ojos tan negros y expresivos. Con su jersey verde y su mirada alegre, qué diferencia con las jóvenes vestidas de luto, con el triste luto de la guerra reciente. Y con un andar tan ágil y decidido, parecía tener mucho carácter; y muy lista e inteligente, pues hablaba con rapidez y seguridad. No sería como los tontos sin solución que no sabían hablar, que nada preguntaban, que nada aprendían.

—Yo que tú, no me fiaría ni un pelo. El señor Blas es muy anticuado y de misa diaria. También le chiflan los cuartos y querrá casarla con un buen partido. Con el Sabadillos, sin ir más lejos. Lo he visto por el bar e irá detrás de ella. —Pepe reparó en la decepción de su amigo y volvió a tocarse la cabeza rapada.

—¿Con ese tontaina presumido?

—¡Con sus cuartos y sus tierras, aunque parezca un abanto! Métetelo en la sesera: la miel no está hecha para la boca del burro —sentenció burlón el Coplas—. A su padre, don Alejo, le pirran



las faldas. Estuvo liado con una criada de la casa y ahora con una viuda pobre de Villaolmeda. ¡De tal palo tal astilla!

Julio quedó pensativo y taciturno. Las primeras flores salpican de color las lindes y los márgenes del camino. Un brillante manto verde cubría el campo, tras los tonos grises del invierno: las gemas estallaban en las ramas y los sembrados cada día estaban más altos. Sí, el mismo vigor primaveral que irradiaba Teresa. Debía vivir con intensidad, asimilar al máximo aquella energía que brotaba de la tierra, igual que la savia de los árboles ascendía desde las raíces más profundas hasta las ramas más altas. ¡Así saldría adelante con todo! Aunque se sobresaltó de repente: poco a poco el cielo se oscurecía a lo lejos y el viento parecía empujar las nubes más negras hacia ellos.

—¿Qué? Muy *apalominao* te veo.

—¡Pero si la vi ayer por primera vez!

—¿Ya no estás por Hortensia la Molinera? —Julio se encogió de hombros—. ¡Muy alto tiras tú! Siempre los ricos se llevan las mejores tajadas. Yo que tú, ante la duda, la más tetuda. —Y Pepe el Coplas se puso a canturrear una copla: «¡Qué polvo tiene el camino, qué polvo la carretera..., qué polvo la molinera, que vengo de moler, morena!».

Julio se acordó de la letra de «Tus ojos negros». Como desconocía una parte, le preguntó al Coplas. Este echó mano a la bota de vino que iba en el serón y, tras aclararse la garganta, comenzó a cantar. El vendedor de telas se detenía cada pocos metros y anotaba la letra en un papel. No esperaría hasta el verano, cuando un buhonero de la Mancha se acercaba a vender las letras de las canciones más conocidas.

Un poco después, Pepe el Coplas recordó en voz alta la historia de su primer y único amor.

Cuatro años atrás, un poco antes de ir al servicio, Pepe bebía los vientos por Balbina, una guapa moza de Bumier. Lo cautivaban sus rotundos pechos, sus prietas carnes, su picardía al mirar y al sonreír. A ella también se le iluminaban los ojos con la presencia

de Pepe, ya que era casi tan alto y fuerte como Julio, y sobre todo al escucharlo cantar. En un baile, cuando más cerca se sentían los dos jóvenes, el Coplas le pidió relaciones. Ella se hizo de rogar, pero al fin aceptó.

Comenzaron a verse con discreción, sobre todo en el horno y en el camino de la fuente. Pero pronto las cotillas de Bumier murmuraban que si la Balbina y el Coplas por aquí, que si la Balbina y el Coplas por allá. Hasta que la madre de la joven se enteró, llamó aparte al pretendiente y le paró los pies:

—Cada oveja con su pareja, Pepe —le soltó nada más verlo, mirándolo por encima del hombro y con expresión de dignidad ofendida—. Olvídate de tontear con mi hija. Ya sabes muy bien que tenemos muchas tierras y un buen hatajo de doscientas ovejas. Más, mucho más que tu familia.

Desde entonces, los dos jóvenes enamorados tuvieron que comportarse igual que dos extraños. Apenas intercambiaban un breve saludo o una mirada furtiva cuando se cruzaban por la calle, como si ya no hubiera ninguna atracción entre ellos, como si ya no fueran viejos compañeros de infancia y de juegos.

Bien aprendida la lección, Pepe ya solo aspiraba a casarse con una moza atractiva y, sobre todo, tan pobre o más que él. Pensaba que en aquellos pueblos no había lugar para amores románticos, que solo se enamoraban los ricos y los de la ciudad, quienes veían películas de amor y leían historias fantásticas. Mejor imitar a la zorra de la fábula y admitir que las uvas estaban verdes, antes que acabar otra vez desilusionado y con un canto en los dientes.

—¡Te pasará igual que al Casimiro, al Canuto, al Ernesto, al Angelón..., igual que a todos los del pueblo! ¡Igual que a mí con la Balbina!

—¡Eso es cosa del pasado! —Y se fijó en las abarcas de Pepe, hechas con la cubierta de goma de una rueda inservible y sujetas con unos cordeles. Quedó abstraído un momento y acarició el relieve del león en el medallón colgado del cuello.

¡Nadie iba a dirigirle la vida! Pero si su amigo no sabía qué hacer con la suya. No, nadie iba a decirle a quién querer y a quién no. Nadie. Ni el Coplas, ni su padre adoptivo, ni el señor Blas, ni el señor obispo, ni los mozos que obedecían sin rechistar a sus padres. ¡Menuda cachaza tenía el Coplas! Y, sobre todo, ¡cómo agachaba la cabeza cuando le mandaban! Como la oveja que ofrece mansamente su cuello al cuchillo del carnicero. ¡Pero él no era así! ¡Por eso llevaba grabada la figura de un león en el medallón, no de una oveja! A la madre de Balbina le habría dicho que él no era una oveja, ni un borrego, como los tontos que no sabían ni decidir por sí mismos; y que se escaparía con su hija a Madrid o a donde fuera. ¡Vería a Teresa y hablaría con ella! Aunque el señor Blas quisiera meterse por medio, aunque tuviera que porfiar y porfiar de la mañana a la noche.

En cambio, Pepe el Coplas pensaba que en aquellos pueblos la vida siempre, siempre transcurría igual: el sol salía por las colinas de Albáñez y se ocultaba por las de Villaolmeda; las golondrinas llegaban con la primavera y se marchaban por San Miguel; las cerezas maduraban en mayo, las espigas terminaban de secarse en junio y las uvas se recogían al final del verano. Y también los vecinos, desde la cuna hasta la tumba, se sometían al dominio de la costumbre: acudían religiosamente a la misa dominical, comenzaban la siega para San Antonio y mataban el cerdo para San Martín; los hombres trabajaban en el campo y las mujeres en la casa y en el corral; los mozos cantaban el mayo el treinta de abril y cortejaban a unas mozas que procuraban llegar vírgenes al matrimonio; y todos los jóvenes, ricos o pobres, gitanos o payos, tenían que pedir el consentimiento de sus padres para casarse. ¡Todos los jóvenes! Según las costumbres establecidas, ninguno podía decidir por sí solo con quién hablar, con quién vivir, con quién ser feliz.

—Siempre las cosas han sido y serán así. ¡Siempre! —concluyó Pepe el Coplas, recordando que el señor Blas era el guardián más fiel de aquellas costumbres.

—Las cosas tienen que cambiar a mejor. ¡Y más pronto que tarde! —Y Julio pensó en Teresa y en vender muchas telas.

Hablaron también de los partidos de pelota que disputarían durante las próximas fiestas de los pueblos, y quedaron al atardecer en el frontón para entrenar. Se separaron en un cruce. Julio se dirigió hacia Guadatur y Pepe a repartir el pan en casa del peón caminero. Las nubes, cada vez más negras y amenazantes, cubrían ya la mayor parte del cielo y avanzaban inexorables hacia el vendedor de telas.

Guadatur se cobijaba en la falda de una colina orientada hacia poniente. Un poco más grande que Bumier, albergaba a unos trescientos habitantes en unas cincuenta casas. La gran mayoría de los campesinos, con solo unas pocas hectáreas de secano, no podían salir de pobres. Sus modestas casas, con gruesas paredes de piedra que resguardaban de los fríos y calores intensos, se parecían mucho entre sí, y también a las de otros pueblos alcarreños. La única fuente de agua potable quedaba a media legua del pueblo. Había un horno, una almazara, una tiendecita donde no vendían telas y un tabernucho con el suelo de tierra apisonada. Los tres olmos de la plaza principal eran, con su grata sombra, el lugar favorito de encuentro.

—¡Tela de holanda, tela para las sábanas y las camisas! No la podrán conseguir a mejor precio.

Algunas vecinas se asomaron intrigadas a las puertas de madera desgastada y roñosa. Pronto confiaron en el joven vendedor, al haber trabajado en una tienda de confección. Y todas se alegraron de que alguien les acercara las telas que tanto necesitaban para hacer almohadas, camisones y mandiles, para la ropa de faena y para la de festivo. Al igual que en Zueque, cuando se sentó en la plaza del pueblo, algunas mujeres lo rodearon y hablaron animadas sobre la calidad de cada tela, y le hicieron algunos encargos.

En cambio, Torresaltas estaba en un vallecito regado por un arroyo, a merced de las crecidas del agua. Un tortuoso sendero co-

municaba con la carretera comarcal. Era en realidad un pueblecito, una aldea, con unos cien habitantes y una veintena de casas alrededor de la iglesia parroquial. Solo había un horno comunal. Pero no tienda ni taberna, igual que en el pueblo de Julio; ni molino, almazara o luz eléctrica.

—¡Telas! ¡Las telas más baratas! ¡La mejor pana lisa y de cardoncillo! —repitió esperanzado por toda la aldea, igual que meses atrás esparcía las semillas sobre la tierra labrada. A su paso, las mujeres cuchicheaban quién sería el joven vendedor. Una le preguntó de dónde venía; otra, cómo se llamaba y de quién era. En una hora desterraron sus dudas, tras recorrer Julio las calles polvorientas.

A primera hora de la tarde, emprendió el regreso a su pueblo con el fardo de telas un poco más ligero. Como el día anterior, unas tres leguas por delante; como al día siguiente, como muchos otros que vendrían. Sin miedo a ir solo por los caminos, incluso cuando caía la noche más solitaria y oscura. Unas veces sonreía al pensar en las ventas; otras, caminaba cabizbajo y pensativo, por lo que su amigo el Coplas le había contado del señor Blas y de Teresa.

Divisó, a unos quinientos metros, el orgullo de Bumier: la alta y blanca espadaña de la iglesia. Sus dos grandes campanas, suspendidas en el mismo cielo, anunciaban desde hacía tres siglos las alegrías y penas de sus vecinos. A su alrededor, el laberinto de piedras y tejas formado por unas siete calles estrechas y unas cuarenta casas humildes.

De pronto, unas gruesas gotas golpearon la tierra reseca, y cayeron sobre el joven como si quisieran arrebatarle todas sus ilusiones y ambiciones. Protegió las telas con un trapo. Aceleró el paso cuando el chaparrón empezó a caer con más fuerza y no vio dónde guarecerse. Llegó a casa corriendo y casi calado hasta los huesos, con las telas bastante mojadas. No había pensado que el tiempo primaveral podía jugarle malas, muy malas pasadas.

Esparció el dinero sobre la mesa, tanto dinero como el día anterior; lo contó satisfecho y entregó una parte. Subió a su cuarto, tan pequeño que apenas había espacio para una cama individual,

un baúl y una silla. Preparó el fardo del día siguiente, pues en un rincón almacenaba la quincalla y las telas compradas en Madrid y en Cuenca. Tomaría hasta Villa Eliz el coche de línea que pasaba por Bumier cada miércoles. Bajó a la salita de estar; y en un folio blanco pasó a limpio, con el esmero de un ejercicio de caligrafía, la letra de «Tus ojos negros».

Cenaron poco después del anochecer, frente a la chimenea, al grato calor de la lumbre. Mercedes había preparado un puchero de judías pintas. Estaba contenta de ver a Julio seguro y resuelto.

—Si la cosa sigue así, no venderé solo por los pueblos. Quizá abra una tienda.

—¡Qué poco sabes de la vida! La gente no quiere que otro triunfe y destaque. Te pondrán mil zancadillas —dijo Gregorio, su padre adoptivo.

Julio se encogió de hombros y, para no discutir, se retiró a su cuarto. Recostado en la cama, pensó una y otra vez en las telas vendidas y en las palabras de Pepe el Coplas sobre el señor Blas, Teresa y Pedro el Sabadillos. Desvelado, comenzó a recordar los cuatro años transcurridos desde que sus padres adoptivos lo sacaron de la Inclusa de Madrid hasta que se fue a la tienda de confección del señor Víctor.

Mercedes y Gregorio Sotoca, más conocido como “el Zurdo”, se casaron jóvenes y con el acostumbrado permiso paterno. En 1918 nació su esperado y único hijo, Ángel, que desde muy joven abrazó la ideología revolucionaria izquierdista debido a las condiciones de los jornaleros, a la pobreza familiar y, sobre todo, a las palabras de su progenitor. Padre e hijo hablaban de acabar de una vez por todas con las injusticias de los terratenientes, con las mentiras de los curas y con la riqueza de los capitalistas.

Ángel se alistó voluntario en el ejército republicano nada más comenzar la guerra. Mercedes lloraba al leer las cartas escritas por su hijo en el frente de batalla, al imaginarlo combatiendo en primera línea, fusil en mano, siempre en peligro. Hasta que una mañana

cualquiera llegó una misiva del Ejército: una fría y breve nota les comunicaba la muerte de Ángel, de su único y amado hijo. No les dijeron ni cómo se produjo ni dónde lo enterraron ni qué fue de sus pertenencias. Solo meses después les enviaron el pañuelo anarquista y el carnet de la CNT.

Cuarentones y sin apenas parientes, enfermizo y cojo el jefe de familia, sin ninguna ayuda oficial, decidieron adoptar un niño de la Inclusa de Madrid. Así consiguieron mano de obra barata, con la que poder cultivar sus pocas hectáreas de secano, y también una insignificante paga del Estado. Así llegó Julio a Bumier, en 1941, en los primeros años de la posguerra, cuando más apretaban las garras del hambre, cuando la verdadera paz no encontraba hogar en aquellos pueblos y aldeas ni en ningún rincón de España.

Al principio, el niño adoptado tuvo que llevar a cabo las tareas propias de sus once años: escardar, trillar, recoger olivas -incluso con las manos congeladas por la nieve o el hielo-, traer agua potable de una fuente lejana, echar alfalfa y paja a la mula, llevarle el hato a los segadores, acarrear con los mulos las gavillas de trigo... Y al año siguiente, como ya estaba muy desarrollado para su edad, las esforzadas labores de adulto: limpiar la cuadra, el corral y la cochiguera; cavar el huerto; segar la alfalfa, el trigo, la cebada...; todas las tareas ingratas del campo.

—¡A este lo voy a enderezar yo! —repetía a menudo Gregorio, siempre atento a las idas y venidas de Julio. Y echaba maldiciones cada vez que el niño adoptado se equivocaba: como la tarde en que no pudo sujetar bien las mulas y el trillo acabó fuera de la parva, con algunos pedernales rotos; o cuando acarreaba la mies en una mula y las gavillas se le caían al suelo y debía esperar, bajo un sol abrasador, a que alguien le echara una mano.

Catorce años atrás, cuando labraba cerca de una linde en pendiente, a Gregorio el Zurdo le cayó encima una mula, le lesionó la cadera y le fracturó la pierna derecha. Desde entonces no podía trabajar en el campo; y cojeaba mucho al caminar, apoyado en una o dos garrotas.

—¡Que aprenda a padecer, como los demás hemos padecido! Así se hará un hombre. Poco provecho va a sacar de leer tanto —repetía Gregorio, que a duras penas conseguía leer dos palabras seguidas.

En cambio, Julio disfrutaba leyendo las historias y fábulas de las enciclopedias escolares, y repasando las lecciones de la escuela. Esto también le servía para controlar la rabia y aguantar hasta que escampara el chaparrón paterno. Al fin y al cabo, conocía muy bien los reveses de la vida: el abandono de sus padres, la crueldad de la guerra y posguerra, las punzadas del hambre... Así que mejor obedecer, de momento, las órdenes de su padre adoptivo; mejor callarse, incluso cuando Gregorio explicaba a los vecinos lo caritativo que había sido sacándolo de la Inclusa y que el muchacho era un desagradecido.

En la soledad de su cuarto, Julio apretaba los puños y, con la mirada encendida, sacaba fuera su malestar. ¡Ya! ¡Ya le iba a enderezar! ¡A él nadie le enderezaba ni lo ponía derecho como una vela! ¡Nadie! ¡Como si estuviera torcido! A lo mejor lo estaba él. Que gritara y gritara todo lo que quisiera, que de poco le iba a servir. O que se sentara en el poyo de la casa, con las manos en la garrota, para vigilar las entradas y salidas. ¡No se dejaría acobardar! ¡Nunca! Le tenía como a un criado, no como a un hijo. Pero no había nacido para servir, y menos trabajando como un burro. Antes se escapaba y se marchaba lejos, muy lejos de Bumier.

Desde niño había aprendido a confiar en sí mismo, a resolver solo sus problemas. Y cuando comenzó a salir victorioso en cada riña o pelea, nadie del pueblo se atrevió a llamarlo «expósito». Tampoco le asustaban los duendes que parecían moverse de noche por los sitios más recónditos de la casa, ni el Sacamantecas, ni bajar al sótano cuando el enchufe de la luz se estropeaba y en la oscuridad escuchaba chillar a las ratas y ratones o sentía a los peludos roedores correr entre sus pies.

En cambio, Mercedes lo quería con verdadera pasión. Aquel niño expósito la ayudó a superar, en cierta medida, la muerte de Ángel en el frente de batalla. «Mi niño», le repetía, sobre todo



durante los primeros años de adopción, cuando lo abrazaba con frecuencia y deseaba protegerlo de todo mal. Siempre estaba pendiente de él: le preparaba las mejores comidas, le tejía con unas largas agujas los jerséis y bufandas de lana, procuraba que no faltara mucho a la escuela y que aprendiera lo que ella no pudo, aunque Julio era el alumno más aventajado de Bumier. Religiosa, pero no beata, le alegraba contar a Julio historias y parábolas del Nuevo Testamento, repasar con el chico las lecciones escolares y, al acostarse, rezar juntos las oraciones sencillas de la niñez frente a un cuadro de una Virgen maternal.

Obedecía a su esposo sin atreverse a llevarle la contraria, sobre todo en público, igual que de niña había seguido las órdenes de su padre. Se ocupaba de las tareas del hogar, de las gallinas y del cerdo del corral y ayudaba también en la huerta. No le importaba arrodillarse para fregar el suelo de la casa, para lavar la ropa en el lavadero o para rezar en la iglesia cada domingo. Nunca salía de sus labios una queja o un reproche. Como si aquel fuera su inevitable destino.

Mercedes era morena y delgada, de mirada apacible y sonrisa bondadosa. Siempre vestía de gris oscuro, o de luto, por el hijo muerto. Un poco baja de estatura, como su marido, y casi tan fuerte como un hombre. Julio la llamaba «madre», nunca «mamá», pues su infancia discurrió muy lejos. En ella había encontrado el amor maternal, el amor que tanto echaba en falta en la Inclusa. Con ella compartía penas y alegrías.

Gregorio, por su cojera, apenas ayudaba en algo; pero, como cabeza de familia, mandaba en todo. Durante mucho tiempo, Julio se resistió a llamarlo «padre», al no recibir de él respeto y cariño. Solo accedió ante la insistencia de Mercedes; pero en su interior lo consideraba un padrastro, no un padre. Sus cuerpos se rozaban en las pequeñas habitaciones y en los estrechos pasillos de la casa, pero cada día aumentaba el espeso muro de silencio entre los dos, hasta separar por completo sus almas.

Julio intentaba escapar del férreo control de su padre adoptivo, de tanta obediencia ciega. En aquel pueblo pequeño y remoto, con

la puerta de la calle abierta durante el día, a veces salía a bañarse en las pozas del río, a cazar tordos y palomas con su gomero, a jugar en las calles con los demás niños. Solo entonces se sentía libre, como un buen salvaje en plena naturaleza. Por el contrario, en la Inclusa los guardianes lo vigilaban a todas horas, como a un prisionero encerrado en un laberinto de largos pasillos y altos muros.

Durante las largas y frías noches invernales, frente al grato calor de la chimenea, con la puerta de la calle atrancada, Gregorio Sotoca explicaba al detalle su año y medio en la cárcel de Cuenca, recién acabada la guerra, condenado a trabajos forzados, a pesar de su bronquitis y su cojera. Y auguraba la pronta rebelión de jornaleros y obreros, que las tierras y los beneficios se repartirían entre todos, que solo así se acabaría con tanta miseria e injusticia. Julio comprendía entonces por qué los vecinos llamaban Zurdo a su padre adoptivo: no porque fuera zocato, sino por sus ideas revolucionarias. Durante la guerra, había elogiado con frecuencia a Lenin y Stalin, incluso a Largo Caballero, el «Lenin español». Hasta el cura del pueblo decía que Gregorio era «el Lenin de Bumier».

—¡Pronto volverá la República! ¡Muy pronto! —repetía a menudo Gregorio el Zurdo, con el rostro encendido, más por los recuerdos de Ángel y de la Segunda República que por el calor de la lumbre.

—Es mejor ver, oír y callar. Ya sabes que nada bueno nos ha traído la política —decía Mercedes en voz baja, por si algún vecino los pudiera escuchar y delatar.

—¡Ni tanta misa y tanta estampita! —Gregorio señalaba la blanca imagen de la Virgen de Fátima colocada por su esposa en un ángulo del cristal de la alacena.

—¡Dejemos la guerra en paz! No podemos vivir sin olvidar y sin perdonar —aconsejaba la esposa, recordando muy bien cómo la guerra había transformado a los campesinos más pacíficos en bestias salvajes.

—¡No olvido ni perdono! Solo me faltaba poner la otra mejilla a quienes me encarcelaron y nos matan de hambre. Ya les cantaremos las cuarenta cuando vuelva la República, cuando todos se pongan de parte del maquis. ¡Se van a enterar bien!

—Durante la República, la gente se mataba cada día. Ahora toca levantar cabeza. Sí, vivir sin estrecheces y sin pasar hambre.—decía Julio, observando con desagrado la pequeña, oscura y mísera cocina.

—¡Tú calla, mocoso, y trabaja más! ¡Me vas a quitar la vida a disgustos! —Gregorio el Zurdo se irritaba al comprobar que el niño adoptado no era comunista o anarquista. Pero a Julio nada bueno le había dado la política. Ni en Madrid ni en aquel pueblo perdido de la mano de Dios. Había visto muy cerca el hambre y el miedo de la posguerra. Y los numerosos horrores causados por unos y otros durante la guerra. Sobre todo cuando una bomba cayó en la Puerta del Sol y contempló horrorizado los cuerpos sangrientos y destrozados de dos compañeros de la Inclusa. Desde entonces, intentaba olvidar las crueles imágenes de aquella bomba; olvidar la ciénaga de aquella guerra tan presente en muchos corazones, tan presente que algunos vecinos chapoteaban aún en aquel lodazal, dando rienda suelta a los instintos más crueles.

Su padre, como buen comunista, no quería amos; pero ¿por qué no paraba de mandarle un día tras otro? ¿Se creería que iba a trabajar toda la vida a su servicio? ¿Por qué debía rendirle cuentas de todo lo que hacía? ¿De qué tenía queja? ¿De que no le gustaba labrar? ¿Como si tuviera que gustarle ir detrás de una mula vieja, con los pantalones remendados y la ropa raída! ¡Vaya manía pillaba con la guerra, con la maldita guerra, con el maldito pasado! Y hablaba y hablaba como si la realidad se pudiera cambiar solo con cuatro gritos y cuatro tiros.

Cuando Gregorio se enfadaba y le daba continuas órdenes, se sentía un extraño en aquel hogar. Había acabado allí como podría haber sido en cualquier lugar, en cualquier familia. ¿Cómo querer a aquel padre, si nunca entablaban una conversación distendida e

íntima, si nunca podía hablarle de sus sueños y de sus preocupaciones?

—Cuando se le pasa el genio que tiene, no es nadie. Y el hombre debe mandar, como siempre ha sido. Si te dice que vayas a labrar, pensará que es por tu bien. Cuando tú seas padre, harás lo mismo —y Mercedes explicaba también que su marido tenía buen fondo: antes ayudaba en la siega a unos parientes pobres y les dejaba leña en los meses más fríos; a veces colaboraba en la cocina, incluso preparaba las gachas de almorta o algún zarajo; y a Julio le había dejado un viejo reloj de bolsillo.

El niño adoptado, sobre todo al tocar su medallón colgado del cuello, imaginaba a su madre biológica: una señora rubia, guapa y noble, que viviría en una acomodada casa madrileña, incluso en un palacio. Seguro que con los ojos azules, como él; y amable, culta y elegante. ¿O acaso él se parecía más a su padre biológico? Sí, vendrían a buscarlo en el momento más inesperado, a rescatarlo de las duras tareas y de las humillaciones diarias. Pero ¿por qué tardaban tanto? ¿Quizá ya habían muerto o se encontraban enfermos? ¿Quizá Madrid se hallaba demasiado lejos? ¿Quizá eran unos malos padres, como aseguraban algunos, y por eso abandonaron a su hijo recién nacido en el torno de la Inclusa de Madrid?

¿Por qué Gregorio y Mercedes no colocaban su foto sobre el armario de la salita de estar, como la de Ángel? ¡Con qué amor y nostalgia miraban sus padres adoptivos aquel retrato de un joven alegre y vestido como cualquier campesino! ¿Por qué el cuarto de Ángel, que casi siempre estaba cerrado, permanecía igual desde trece años atrás, desde que el hijo anarquista murió en el frente? Además, aquel cuarto cerrado era el más espacioso y con los mejores muebles de la casa. Cuando Gregorio el Zurdo lo abría, le señalaba a Julio el pañuelo anarquista de Ángel, sobre la mesita de noche; y muy emocionado explicaba el significado del rojo y del negro, o bien la historia del anarquismo y del comunismo. A los pies de la cama, en un baúl guardaban los recuerdos de Ángel, como las reliquias de un mártir de la revolución obrera: el carnet de

la CNT, una enciclopedia escolar, la ropa que normalmente usaba, algunas fotos de jóvenes revolucionarios con el puño en alto y, en un paquete, las cartas que el hijo caído en la guerra había mandado desde el frente republicano. Las cartas que a Julio nunca, nunca le dejaban leer.

¿Quizá Ángel estaría vivo, al no haberse identificado el cuerpo en el frente de batalla? ¿Quizá regresara, después de tanto tiempo, y Gregorio el Zurdo lo recibiría como a un héroe, como a su verdadero hijo? Mientras tanto, él, el niño adoptado, debía soportar las esforzadas faenas del campo, las reprimendas y las órdenes del jefe de familia. Y ver la foto de Ángel sobre un altar. Y la puerta cerrada de aquel templo consagrado a la memoria del hijo muerto.

Poco a poco, comenzó a rebelarse. Primero, a mostrarse irónico con Gregorio. Sobre todo, cuando este se quejaba una y otra vez de enfermedades: de una bronquitis crónica, en forma de toses y esputos, y de dolores en la pierna lesionada.

—Esta tarde me molesta el costado y la pierna. No puedo ir al huerto. Ve tú a regar —le mandaba su padre adoptivo.

—Mejor llamamos al médico —decía Julio, pensando que Gregorio quería escurrir el bulto.

—Si estuvieras tan mal como yo, no te burlarías.

—Yo me metía en la cama y que venga el cura con la extremaunción. —Y Gregorio el Zurdo lo miraba furioso, deseando estampar una garrota sobre la cabeza del joven. Pero la delgadez y la baja estatura de Gregorio, su cara chupada bajo la boina calada y su mirada huidiza recordaban a un ratón. A un ratón asustado ante la vida, ante las numerosas batallas perdidas.

El joven ya se sentía lo bastante fuerte para no obedecer siempre callado, para no agachar la cabeza ante un padre a veces iracundo, a veces quejica. Incluso le echaba en cara no haber comprado alguna hectárea o alguna mula más, pues a menudo debían pedir prestada una caballería para labrar. Mercedes se ponía entonces de parte del marido: el accidente de la cojera se produjo

cuando Gregorio apenas rebasaba la treintena, cuando eran muy pobres.

Al cumplir quince años, cuando ya era más alto y fuerte que Gregorio, Julio confesó estar harto de labrar; aunque la costumbre, la poderosa y sempiterna costumbre, obligaba a seguir la profesión del padre. No quería ser un labrador más. Si se quedaba en el pueblo, con tan pocas hectáreas, acabaría tan pobre como un ratón de sacristía, con las mismas estrecheces de siempre: viviendo en una casa minúscula, apurando con hambre las gachas de almorta del desayuno, buscando sin éxito una tajada en el puchero de cada día, congelándose en invierno y con la piel cubierta de sabañones. Y con la cosecha sin seguro alguno, cuando del cielo alcarreño caían heladas y pedriscos frecuentes, nunca el maná bíblico. Quizá debería buscarse la vida como jornalero cada verano, cuando nada odiaba más que servir a alguien. Así que habló con el señor Víctor, y este le propuso trabajar en la tienda de confección de Altomira, pues el joven había aprendido sastrería en Madrid. Cuando ahorrara lo suficiente, podría abrir su propio negocio. Sería su propio amo.

Unos días más tarde, se rebeló abierta, definitivamente. Gregorio lo mandó a labrar, con solo una mula, a un terreno seco y pedregoso. Pronto comenzaba a lloviznar. Sus manos adolescentes resbalaban al sujetar el arado. Un poco después, un fuerte granizo azotaba al joven y a la mula, y cubría de blanco la tierra. El arado avanzaba con mucha dificultad, por más que Julio gritara de impotencia y de rabia. Su pelo y su ropa chorreaban agua, mientras sus pies se hundían cada vez más en la tierra, convertida poco a poco en un barrizal.

Recordó que ganaba a los chicos de su edad cuando competían por cargarse una piedra al hombro, o por lanzar la barra lo más lejos posible, y procuró una y otra vez mantener recto el arado, mientras maldecía al cielo y a su padre adoptivo. Al final, cuando la reja no avanzó un centímetro más, la dejó clavada en la tierra embarrada y se dirigió con la mula hacia el pueblo. En el camino, encontró a Benedicto, el Bene, un jornalero con fama de trabajador y, como estaba sin amo, lo apalabró.

Al llegar al pueblo, distinguió a su padre adoptivo en el umbral de la casa, bien resguardado del frío y de la lluvia. Gregorio fumaba un cigarrillo de cuarterón mientras contemplaba cómo el nubarrón descargaba una cortina de agua sobre Julio.

—¡Mañana me voy a Altomira, a la tienda de confección del señor Víctor! Hace una semana estuvo en el pueblo y hablamos de trabajar. El Bene vendrá por mí —explicó con firmeza el joven.

Gregorio chupó a fondo el cigarrillo; y quedó silencioso y aturdido durante un largo minuto, como si el humo se le hubiera atragantado.

—¿Qué te has creído? ¡Eres muy joven! Te trajimos para labrar, para el campo. —El rostro de Gregorio se crispó y sus ojos iracundos miraron fijamente al joven.

—Con solo una mula no somos labradores, somos pobres. —Apretó los puños y sostuvo la mirada de su padre adoptivo.

—Pues trabaja más, y con los años te compras otra mula y alguna hectárea de olivar o de cereal. Es lo más sensato.

—Ya está todo decidido. ¡No soy de los que esperan a verlas venir! Para eso estudié sastrería en Madrid. Usted dé de comer al Bene y, si quiere, que duerma en la cuadra. Yo me ocuparé de pagarle. No voy a estar toda la vida labrando cuatro hectáreas para no salir de pobre. Altomira no está tan lejos. Me acercaré a ayudar cuando libre.

—Nos vas a matar a disgustos a tu madre y a mí. Ya veremos, ya veremos si te vas —Gregorio habló en voz baja, casi resignado ante la firme decisión de su hijo adoptivo. Se dio cuenta de que sería muy difícil enderezarlo; y de que Julio iba recto y decidido hacia el objetivo, confiado en poder apartar cualquier obstáculo. Por las venas del joven no corría su misma sangre. No se parecían en nada.

Al principio, Mercedes le rogó que se quedara. Pensó que Julio se buscaría problemas por ser impaciente y orgulloso. Pero tras charlar con él, comprendió que era diferente a los demás jóvenes del pueblo y que ambicionaba otro trabajo y otra vida.

Así fue como Julio comenzó a trabajar, con quince años, en la tienda de confección del señor Víctor, en Altomira.





### III

El jueves amaneció con una ligera nevada. Una blanca capa de algodón cubría parte de calles y tejados entre los últimos retazos negros de la noche. El joven anudó el fardo de telas y no dudó en salir a vender: algunas mujeres le habían hecho encargos y no quería perder clientas. También esperaba ver de nuevo a Teresa.

—Espera una *miajilla*, a ver si aclara —le aconsejó su madre al verlo impaciente por partir. Poco después, cuando el color ceniza del cielo se resquebrajó y salieron los primeros rayos de sol, en las calles blanquecinas de Bumier quedaron impresas las huellas de sus botas en dirección a Zueque.

Según se alejaba, la capa de nieve se volvía más gruesa, hasta cubrir campos y senderos, hasta desdibujar el perfil de las colinas. Solo destacaban, en el blanco omnipresente, las negras líneas verticales de los postes de la luz y los retorcidos troncos de olivos y encinas.

El lunes, los campos resucitaban con la primavera; en cambio, aquella mañana la nieve sepultaba toda señal de vida y envolvía la tierra solitaria en un completo silencio. Solo se escuchaban sus pisadas, que se hundían con un leve crujido en los copos de nieve, cuando los días anteriores levantaban el polvo del camino. El cierzo comenzó a lanzar sus gélidos y afilados cuchillos contra la cara, las manos y la gruesa pelliza del joven. Al sentir heladas las orejas y la nariz, se echó una pequeña manta oscura sobre la cabeza y el pecho.

Avanzaba con mucho esfuerzo bajo el peso de las telas y los encargos. Más adelante, el barro se pegó a sus botas, hasta que le

costó separarlas del suelo. Cada vez iba más lento, con más retraso. Sin embargo, nunca pensó en dar media vuelta. Paso a paso llegaría muy lejos. Muy lejos del destino impuesto por los demás.

Durante los últimos tres días, había llamado a cientos de puertas y hablado con jóvenes atractivas y casaderas. Las más coquetas le preguntaban qué tela les quedaba mejor, qué color les favorecía; otras, más tímidas, se asomaban curiosas tras una puerta o ventana. Ya no lo trataban como a un adolescente, sino como a un mozo hecho y derecho. Sin embargo, en aquel momento solo pensaba en la figura esbelta, la mirada luminosa y la amplia sonrisa de la joven de ojos negros. A veces, acordándose de las palabras de su amigo Pepe, se preguntaba: ¿Estaría prometida con el Sabadillos? ¿Se habría sentido atraída por él cuando hablaban en el portal? ¿O solo lo miraba compasiva por ir cargado con tantas telas? ¿Por qué apenas le habló? ¡Tenía que saber si le importaba de veras! ¡En pocas horas saldría de dudas!

Zueque se orientaba hacia el suroeste para resguardarse de los fríos vientos del norte. Los oscuros penachos de humo ascendían lentamente hasta las nubes fragmentadas y blanquecinas. Entornó la mirada ante los destellos plateados de los tejados y bardales, medio sepultados por la nevisca. Las casas se apretujaban y se daban calor como un rebaño aterido. Solo unos rebuznos aislados y los secos golpes en la fragua rompían el pesado silencio del pueblo. Con el corazón acelerado, el joven besó tres veces seguidas su medallón, como el amuleto de la suerte que lo ayudaría a hacer realidad sus sueños.

Se dirigió al horno con la esperanza de encontrar a Teresa, según lo hablado con Anastasio el lunes pasado. Al abrir la puerta de la calle, una bocanada de aire caliente golpeó sus frías mejillas. Aquel era el sitio más caluroso del pueblo; y el más concurrido, junto con el bar.

Teresa parecía iluminar aquel horno rectangular y en penumbra, mientras observaba a la docena de mujeres que se afanaban con la

masa alrededor de una gran mesa central. Al instante, las miradas de los dos jóvenes se cruzaron en un elocuente saludo de alegría. Julio pasó cerca de las estanterías de madera sujetas a las paredes ennegrecidas por el humo, mostrando las telas a cada mujer, hasta que se situó junto a la hija del señor Blas.

—¡Qué suerte que te veo! Pensé que llegaba tarde. —Se cohibió por unos segundos ante la cercanía de ella.

—Me queda muy poco. —dijo Teresa en voz baja, mirando el horno de ladrillos donde sus hogazas se cocían—. Valeriano, el sastre, se acerca ahora a mi casa. Quiero ser modista. —Los jueves, durante una o dos horas, la joven aprendía a bordar, a hacer la sisa de las camisas, algunos arreglos..., un poco de todo. Aparte de las clases de Valeriano, completaría sus estudios en un taller de confección de Altomira.

—También me gustaría estudiar para sastre o modisto, pero ahora no puedo. De niño estuve en un taller de sastrería, en el Colegio de los Desamparados de Madrid. —Se calló de repente ante las palabras malditas: «inclusero», «expósito» —. Seguro que coses muy bien. Serás la mejor modista del pueblo, la mejor de todas. Mira qué guapa estarías con esta tela negra con lunares blancos. ¡Con cualquiera!

Las mejillas de Teresa se arrebolaron, como si de repente saliera más calor por la boca del horno.

—Aprendo poco con Valeriano. Es un guasón. —Miró al hornero, que no paraba de echar leña al fuego, y aspiró el intenso y placentero olor del pan recién horneado.

—Lo vi el otro día y parece que pronto se jubila. Me compró tela para unos trajes de pana. Me contó lo que dice donde va a enseñar, cuando lo invitan a comer gachas: «Mujer, un sastre es un artista de la aguja. No puede zamparse unas gachas como los que van a labrar. Mejor fríeme un par de huevos con chorizo, que con eso voy *aviao*».

—¡Lo mismo dice en mi casa! —La joven se echó a reír al escuchar cómo él reproducía fielmente las palabras del sastre, con el

mismo tono de voz. Julio se asombró ante la facilidad de ella para sonreír y para mover las negras y finas cejas. Recordó la conversación con el Coplas, pero no se atrevió a preguntarle directamente si hablaba con Pedro el Sabadillos.

—Mira, para el ajuar. Por si piensas en la boda. —Le señaló unas telas.

—No, no pienso en eso. —Negó con la cabeza y se ruborizó un poco. Julio respiró aliviado. De momento, ella nada quería saber de bodas. Ni siquiera con el hijo de don Alejo. Y menos aún con los mozos más brutos del pueblo, los que saludaban a una mujer igual que a un burro y no se quitaban la boina ni para comer.

Los padres de Teresa no mandaban a su hija a escardar o acarrear, ni a ocuparse del corral o del huerto, ni de la limpieza de la casa: las tareas habituales de las mozas del pueblo. Tampoco a atender la tienda o el bar. Pero ella quería sentirse útil, y por eso ayudaba a la criada en la cocina, iba con frecuencia al horno y a por agua de la fuente del Chorro. Algunas tardes, con un cedazo cernía la harina en una artesa y luego la amasaba; y al acostarse sentía las manos tan dormidas como dos trozos de madero.

—El lunes vi que te gustan mucho las coplas. He copiado esto para ti. —Cuando nadie se fijaba en ellos, Julio sacó un folio enrollado con la letra de «Tus ojos negros»—. Cógelo. Te lo regalo.

Ella dudó un instante. Antes de llegar Julio, había escuchado a unas mozas elogiar el aspecto del nuevo vendedor de telas: sus ojos azules, su mentón cuadrado, su pelo castaño y liso, su fuerza y altura, su seguridad al hablar. Y se había preguntado si él tonteaba con aquellas jóvenes casaderas cada vez que le abrían las puertas de sus casas, o cuando hablaban de telas o de encargos. Pero cogió el papel y lo desenrolló. Tras echarle una rápida ojeada, lo escondió en la bolsa del pan antes de que alguna vecina se diera cuenta. Giró la cabeza y ocultó su turbación entre la negra melena.

—El sábado por la tarde jugaré al frontón en las fiestas de Villaolmeda. Me gustaría verte.

—No sé si iré. —Teresa observó cómo el hornero sacaba con una larga pala de madera varias hogazas y le indicaba que las recogiese. Se acercó a ponerlas en unas bolsas de tela gruesa.

—¡Hasta pronto! —le dijo el joven.

Ella le correspondió con una mirada directa y luminosa, igual que cuando se vieron por primera vez, tres días atrás. Miradas más expresivas que cualquier palabra. Miradas que se graban en el corazón para siempre.

Teresa volvió a su hogar por las calles embarradas y en parte cubiertas de nieve. Se estremeció al poner sobre sus frías mejillas la bolsa repleta de calientes hogazas. Pero iba tan abstraída que apenas se fijaba en las bolas de nieve lanzadas por los niños camino de la escuela. Recordaba la despedida de Julio del lunes pasado, con la promesa de verse. No, no lo esperaba, por la nevisca, pero había llegado puntual, cuando las hogazas se cocían. ¡Y solo, solo había tenido ojos para ella! ¿Se habría dado cuenta de su sonrojo? ¡Con qué claridad y rapidez hablaba sobre la costura, el ajuar y las fiestas! ¿Qué habría pensado de ella por aceptar el regalo? Sí, era más amable y detallista que el Sabadillos o que cualquier mozo del pueblo. ¡Tan seguro de sí mismo! ¡Y tan diferente, como si hubiera vivido mucho tiempo en la ciudad! Y, con unos ojos tan azules, parecía un actor de cine.

Ya en casa, atenta a las canciones de amores imposibles y desdichados que propagaba la radio, miró el trabajo de las dos criadas: una en la cocina, y Petra en la tienda. Tras escuchar las canciones de moda, subió a su cuarto. Examinó el regalo de Julio, con unas letras grandes y bien definidas; y lo puso entre la ropa del baúl, guardada con llave.

Después llegó el sastre. El tiempo pasó muy rápido, entre enhebrar varias veces la aguja y las cuatro bromas de Valeriano. Desde la ventana, distinguió a Julio junto a la fuente de la plaza, y a unas vecinas alrededor de las telas. Por un momento, pensó en ir con el cubo de zinc a la fuente; pero se limitó a observar sin perder detalle.

A la una regresó de la escuela su hermana pequeña. Isabelita tenía la pierna derecha inmovilizada por la poliomielitis. Necesitaba apoyarse en una muleta al andar, y arrastraba un poco su pierna rígida, mucho más delgada que la izquierda. Teresa quería protegerla de las burlas de otros niños, que nadie la llamase la Coja; y que no fuera una *pobrecica* más, como Rufino, el tonto del pueblo.

Intentó que Isabelita caminara sin muleta cuando las dos pasearon juntas por el patio y el portal. También la ayudó a colorear dibujos, a escribir letras y frases breves en el cuaderno de caligrafía; aunque su única hermana, de nueve años, se interesaba más por la muñeca de trapo que por los deberes. Años atrás, Teresa pensó ser maestra, pero al final se decantó por el trabajo de modista para no alejarse de su familia.

Su madre, la señora Felipa, recibió la visita de Dominga. Y Teresa oyó cómo su tía, la cotilla mayor del pueblo, disfrutaba aireando los trapos sucios de algunas familias: los amoríos furtivos de algunos mozos, el porqué de las visitas de don Alejo a Villaolmeda, de dónde sacaban el dinero unos vecinos para comprarse una radio...

—Pedro pregunta a veces por ti. No te hagas la tonta. —Teresa se encogió de hombros y no respondió a su madre, cuando ya Dominga se había ido. A menudo, sus padres le preguntaban si quería vestir santos, con varios pretendientes alrededor; sobre todo con Pedro el Sabadillos, el más rico heredero del pueblo. Sin embargo, le bastaba con saludar al Sabadillos como a cualquier mozo, sin hablar en serio con él, sin dejarlo entrar en casa. A veces, buscaba una excusa: que era muy joven para casarse, que primero estudiaría corte y confección... Aunque siempre había sido muy sincera, incluso algo cabezota, hasta el punto de salirse muchas veces con la suya. Cuando un familiar le caía mal, se lo decía sin tapujos a la cara o rechazaba besarle o saludarlo. Y cuando murió su abuela, dos años atrás, se negó a llevar luto durante más de una semana; en cambio, su madre aún vestía el obligado negro, de la cabeza a los pies.

—Tere, ¡no sé por qué no le hablas! —insistió la madre.

—¿De qué voy a hablar con él? Casi siempre está en el bar, sin hacer nada.

—¡Es un buen chico! Todos tenemos nuestros defectos.

La señora Felipa, tan delgada y beata, parecía un junco forrado de lana negra. Y siempre muy formal, sin un collar o un adorno ostentoso. Sus ojos de azabache también estaban de luto, al contrario que los ojos risueños y brillantes de Teresa. Llevaba el pelo negro recogido en un moño. Y con un carácter tan recto y tan serio, nunca se la veía reír o bromear. Como buena beata, no se perdía la misa matinal y el rosario vespertino. Sus lecturas favoritas eran el Kempis y un librito de oraciones católicas. Pero a Teresa no le atraían los rezos católicos ni “La Imitación de Cristo”.

La joven escuchó dos aldabonazos y se dirigió hacia la puerta de la calle: había observado que el vendedor de telas llamaba así a otras casas.

Julio salió del horno y se dispuso a recorrer las calles empujadas y blanquecinas. Los canalones goteaban sin parar y el agua del suelo comenzó a entrar por las costuras de sus botas. Puerta tras puerta, llamaba y gritaba: «¡Telas! ¡Hoy llevo las mejores telas contra el frío!» Aunque algunas casas permanecían mudas y cerradas a cal y canto, le llegó el olor de los guisos preparados sin prisa en los pucheros de barro, al calor de la lumbre.

—Hijo, ¿no tienes frío? —Julio se encogió de hombros ante un grupo de beatas, entre ellas la madre de Teresa. Venían de la iglesia, y su negro luto contrastaba con el blanco de las casas y de la nieve.

—¿*Ande* va el mocetón con este tiempo tan feo? Hay que ser más valiente que Manolete *pa* salir hoy —Un grupo de vecinos se sorprendió al verlo. Unos lo observaron con algo de lástima; otros admiraron su arrojo. Casi nadie había salido a trabajar, y muchos calentaban sus huesos ateridos frente al calor de las chimeneas y de las estufas de leña.

—Hace un día de perros, pero uno está hecho a todo. —Sonrió y levantó la cabeza ante un gesto de compasión—. Llevo telas para hacer un abrigo. ¡Compren y no pasen frío! ¡Abríguense!

—Mira quién ha *veníó* con esta *nevá*. ¡Se mueve muy rápido, como un andarín! —dijo una mujer, fijándose en el vendedor. Los vecinos de cada pueblo tenían sus motes: andarines los de Bumier, por presumir de ir a pie a todas partes de la provincia; conejeros los de Villa Eliz, por su fama de cazar muchos conejos; chupacirios los de Albáñez, por sacar en procesión al Cristo cada vez que tardaba en llover; bailarines los de Zueque; arrancaolivos los de Fiergo...

—Es *mu* bonico. Más majo que las pesetas —dijo una anciana—. Vale *pa* venderle a la Fermina. —Esta era una mujer tan roñosa que siempre iba vestida con tela de saco.

En la plaza Mayor, llamó a la casa más grande, a la única casa con escudo de Zueque: la de don Alejo el Gallo.

—Doña Josefa no recibe visitas tan pronto —explicó la criada.

—¡Sí, es muy pronto! —Pedro el Sabadillos apareció de repente tras la criada y aparentó no ver a Julio.

—¿Ya se ha levantado, don Pedro? —dijo la criada.

—Ahora mismo. Con este frío, estoy mejor en la cama. ¡Con lo bien que duermo pensando que otros trabajan! —Y miró desdeñoso a Julio.

—Sí, no es bueno que madrugues tanto para trabajar —ironizó el vendedor, recordando la postura cansada de Pedro en la silla del bar, tres días antes.

—¡Yo me levanto cuando quiero, no como otros! Y no me cargo como un borrico.

El vendedor apretó los puños. Solo le dijo a la criada que volvería más tarde. La boca ancha de Pedro le recordó a la de una culebra: la lengua viperina, los labios muy finos y apretados, y como un tajo de oreja a oreja. Observó alejarse su figura delgada, su escaso metro sesenta, su caminar poco enérgico.

Sí, ¡qué poco empuje tenía! Hasta le costaba mover los pies. ¡El Coplas estaría equivocado! Teresa no se habría fijado en el Sabadi-



llos. Ni siquiera por las ovejas, las tierras y el dinero. ¡Pero mejor no lanzar las campanas al vuelo! Solo había hablado cuatro palabras con ella. Aunque las miradas de Teresa fueran tan directas y tan expresivas. ¿Quizá se había mostrado reservada al verlo tan pobre? Tan pobre como para acarrear un abultado fardo sobre la espalda, de pueblo en pueblo, de aldea en aldea.

Unos metros más allá, en el lado norte de la plaza Mayor, junto al edificio del ayuntamiento, golpeó con los nudillos en una puerta entornada y con relucientes clavos de bronce incrustados. Cuando se soplaban las manos ateridas, salió un anciano.

—¡Julio! ¿Qué hay, muchacho? —El joven agradeció con una sonrisa las afectuosas palabras—. No te esperaba hoy, con este frío que pela. ¡Vaya mañana has escogido para vender!

—La que hay, tío Eufasio. Mi madre me ha dado recuerdos.

El anciano era un poco más alto que Julio. Destacaba en el pueblo por su metro con ochenta y cinco centímetros y su fuerte corpulencia. Tenía la barba corta y muy blanca, las cejas oscuras y los párpados un poco hinchados. Su frente, cuarteada por los cuchillos del tiempo, por la experiencia acumulada año tras año, recordaba al terreno agrietado por la sequía. Vestía chaqueta y pantalón de pana negra y una camisa gris claro de cuello de tirilla.

—¡A quién se le ocurre salir a vender con este día! Bueno, eres muy joven. A tu edad también hacía las mismas locuras. Vamos, pasa rápido. Hoy tira bien la chimenea.

En la amplia cocina, un gato color miel dormitaba cerca de los morillos, al calor del fuego de la chimenea. Entre las ascuas, borbotaba el caldo de un puchero. El anciano lo invitó a sentarse en una silla de anea frente al temblor de la lumbre, y a quitarse las botas y calentarse los pies. Le preguntó por sus padres adoptivos, en particular por Mercedes. Echó unos ceporros a la lumbre mientras observaba el fardo de telas. Con un atizador apartó una patata asada de las ascuas.

— El año pasado se estropeó la cosecha. Algunos compraron algún lechón más y sembraron muchas patatas. Toma una. —El joven cogió la patata, se la pasó de una mano a otra, hasta que sintió cómo la sangre volvía a correr por las venas. Se estremeció de gozo al colocar sus manos calientes sobre sus frías mejillas y sobre sus orejas casi heladas.

—Hasta mayo la nevada no es algo extraño. En fin, muchacho, ha habido años peores. Aunque este invierno las mujeres rompían a puñetazos la capa de hielo del lavadero para meter la ropa. Y hoy habrán ido a lavar los pañales, alguna con sabañones en las manos. —hablaba tan rápido como el joven, quizá por haberse ganado la vida atendiendo al público.

Hacía más de un año que no se habían visto. Por primera vez, hablaban a solas y como dos adultos. El tío Eufasio le preguntó por qué había decidido vender telas. Ante la actitud comprensiva del viejo, resumió su experiencia en la tienda del señor Víctor.

—Muchacho, me alegro de que sigas mis pasos. Trabajando es como mejor se está. Mi padre me dejó la tienda, pero tuve que vender comestibles por los pueblos. Trabajé como un borrico para poder salir adelante. Hasta me acercaba caminando a Madrid. Sí, caminando. Casi noventa kilómetros en línea recta. Y luego tocaba volver. Iba todo derecho por Altomira, incluso tiraba campo a través. Cuatro o cinco días en total: unos dos a la ida, y otros tantos a la vuelta. Con tres caballerías llevaba los huevos que sacaba de vender. Los caminos se encharcaban y se borraban con la nieve y entonces tenía que ir por la carretera. ¡Aquello sí eran caminatas! Con el frío, con la lluvia y con los nevazos que caían. ¡Qué fatigas se pasaban! Empecé yendo hace cincuenta años, a principios de siglo, pero me acuerdo como si fuera hoy, hasta de la posada donde paraba en Madrid, cerca de Atocha. ¡Qué cambios ha dado la vida! —El anciano se quitó la boina negra que ocultaba su pelo blanco peinado hacia atrás. Contempló en silencio los movimientos hipnóticos del fuego, absorto en sus recuerdos. Aún conservaba un caminar ligero, propio de alguien más joven.

—Sí, ya podemos ir a Madrid en autocar. Y los nuevos adelantos llegarán pronto a todas partes.

—La vida, muchacho, está en el camino. No solo en los libros. El que anda mucho sabe mucho. Algunos van a la escuela y a la universidad y, ya ves, son más tontos que Abundio. Abre los ojos y fíjate bien. Hay mucho *espabilao* por ahí: muleteros, gitanos, posaderos, viajeros... Ellos te pueden enseñar lo que no hay escrito. Son la mejor escuela.

El joven se fijó en el vasar, donde destacaba un grueso libro de fábulas tradicionales junto a una vieja radio.

—Mi abuelo, muchacho, era maestro de escuela. Al morir, me dejó todos sus libros, pues me gustaba y me gusta leer. Aún recuerdo algunas de esas fábulas: «Envidiando la suerte del cochino, / un asno maldecía su destino. “Yo —decía—, trabajo y como paja; / él come harina, berza y no trabaja... Si en esto para el ocio y los regalos, / al trabajo me atengo y a los palos”».

—Yo no viviré como un cochino, tío Eufasio. Solo pienso en trabajar y en salir adelante. Muchos se conforman con lo que les echen, como los cochinos que se revuelcan en el estiércol del corral. Pero yo aspiro a algo más, ¿me entiende?

—Sí, la mejor lotería es trabajar noche y día. Pareces fuerte y trabajador. Si también eres *espabilao*, saldrás adelante. El que pesa y mide es el que vive. Pero sin engañar a nadie con el peso o con ese metro, pues el engaño tiene las patas muy cortas.

El anciano sonrió y lo miró contento. A sus setenta y cinco años, seguía trabajando en el huerto, en la viña, en la recogida de aceitunas y en la siega. Ganaba aún dinero con el azafrán, pues nadie como él sabía eliminar a los ratones de campo que se comían el cultivo. Algunas mañanas, traía hierba fresca a los conejos que criaba en el corral. Y leía por las noches, sobre todo a los clásicos de la literatura y de la filosofía.

—Ahora los mozos son de mantequilla. En la siega comen a la sombra, bajo la galera o bajo un árbol, para no derretirse. ¿Tú has visto dónde se tumban los perros y los vagos? —Julio negó con la cabeza—. ¿No? Pues en la sombra. La sombra es enfermiza, mu-

chacho. —El viejo se enorgullecía de ir aún al tajo con la cuadrilla de segadores, y de ponerse a veces al sol a la hora de comer.

—¿Y la tienda? Oí que se cansó de ella.

—Bueno, la dejé tras el 18 de julio, cuando vi que se cometían muchas perrerías. —Se calló de repente, pensando que en los tenebrosos sótanos de la Guerra Civil se hallaban las peores ratas—. Es una larga historia. De nada sirve contarla. ¡De nada! Muchacho, camina siempre hacia delante, y deja atrás el odio y las rencillas del pasado. Un vendedor como tú debe estar bien con todos y dejar que otros opinen. El que mucho habla, mucho se equivoca. Y si un día tienes que abrir la boca, no discutas. Razona con tu vecino si quieres ser su amigo.

Se repitió los consejos del anciano y se prometió no olvidarlos, aunque alguno ya se lo había escuchado al señor Víctor. El tío Eufrasio, con su apariencia de hombre sabio, le inspiraba confianza. Por fin alguien, además de Mercedes, lo apoyaba y comprendía. Era el abuelo soñado, el que nunca llegó a tener. Y le hablaba con una mirada directa, serena y comprensiva; con la mirada de quien vive en paz consigo mismo y con los demás. También le agradaba el tono afectuoso con que le decía «muchacho»; no como el señor Blas, que parecía burlarse. Pocos vecinos de Zueque eran tan respetados, y por eso todos lo llamaban *tío* Eufrasio. Pocos habían trabajado tanto y comprado tantas tierras. Podría haberse enriquecido más si en los años del estraperlo hubiera seguido con la tienda, cuando escaseaban los alimentos más básicos.

Julio se apartó un poco de la lumbre que temblaba y crepitaba, que desprendía alguna pavesa y un fuerte olor a leña quemada. Cuando removié con el atizador las rojas ascuas, se sobresaltó al ver en ellas imágenes de la guerra. Sobre todo, los cuerpos inertes y sangrientos de dos compañeros de la Inclusa, por una bomba caída en la Puerta del Sol; y la de los muertos tendidos en las calles de Madrid por los disparos de uno u otro bando. Desvió rápidamente la mirada de las sangrientas ascuas.

—Acabo de ver a Pedro el Sabadillos. Lo he visto solo dos veces, pero me parece un tontaina y un presumido—Quería saber la opinión del anciano sobre el hijo de don Alejo.

—Muchacho, no voy a defender a Pedro. ¡Pero nunca juzgues a la ligera ni por las apariencias! A menudo, nos engañan y nos ocultan la esencia de una persona. ¿Sabes qué hacía yo cuando compraba un burro en las ferias de ganado? —Julio negó con la cabeza—. Pues no me fiaba de lo que me decían ni de las apariencias. Para que no me dieran gato por liebre, le quitaba la albarda y todo lo que aposta le ponían encima. Me fijaba bien en todo el cuerpo del burro; y en cómo se movía, no solo en los dientes. ¡Así debes hacer tú con las personas! Júzgalas por lo que son, por lo que hacen; no por lo que aparentan o por los cuartos que tienen. Algunos se quitan el traje, o lo que llevan encima, y no son nada.

—El Sabadillos se levantaba ahora de la cama.

—Poco, poco provecho se puede sacar del hijo de don Alejo. De casta le viene al galgo. Don Alejo casi se arruinó jugando a las cartas en el Casino de Cuenca, y por eso ahora pasan más tiempo aquí. Él va mucho al bar, por la partida, la copa y el puro, y por darle al pico y leer el *ABC*; creo que está apuntado al periódico con el señor Blas. Al hijo también le gusta darse la buena vida, y se le ve mucho con el haiga o en el bar. No sabe que nacemos para trabajar, no solo para holgazanear. Nada se consigue sin esfuerzo, muchacho. ¡Nada!

—A lo mejor Pedro va al bar por Teresa.

—¡No me extrañaría nada! —El anciano advirtió que Julio esperaba intranquilo la respuesta—. Las dos familias se llevan bien y querrán juntar cuartos y tierras; sobre todo el señor Blas, pues Pedro es hijo único. Pero ella parece trabajadora, y él es de bares y de vivir a la bartola. De estudiante tuvieron que meterlo interno en un colegio privado de Cuenca. Sacó el bachillerato a duras penas. Se dice que porque el padre untaba a los profesores con buenos jamones. Y en Madrid, en la facultad, no aprobó ni una asignatura. Ni abogado pudo ser. Ahora don Alejo quiere colocar a ese vago

en el Ministerio de Trabajo de Cuenca, donde hay poco trabajo y mucho falangista.

—¿Y por qué «Sabadillos»?

—Don Alejo le castigaba por los estudios. En verano no le dejaba salir del pueblo entre semana, y entonces Pedro no paraba de repetir: «El sábado me voy a Cuenca» o «Ya falta menos para el sábado». Por eso le pusieron Sabadillos. Solo pensaba en que llegara el sábado para salir a divertirse con los amigos en el Casino y en los bares de Cuenca. No es tan gallo como el padre, pero a los dos les gustan mucho los bares, las fiestas y las ferias. No se pierden un año la feria de Albacete.

—Presume de levantarse tarde. —Se acordó del encuentro reciente.

—Sí, ese holgazán ha salido al abuelo, que no paraba de repetir: «Para estar de pie, sentado; y, para estar sentado, tumbado» —el anciano mostró su boca desdentada al reír—. Un verano don Alejo se enfadó mucho con su hijo, le dio una hoz y una zoqueta, y lo mandó a segar. ¡Como si no supiera que el Sabadillos es incapaz de dar un palo al agua!

»Cuando el Sabadillos llegó al tajo montado en un burro, se hizo el remolón y se quejó de estar muy enfermo y de no tenerse en pie. “¿No se va a quedar, don Pedro? Su padre me dijo que hoy venía a ayudar”, le soltó el Colorao, un mozo más listo que el hambre, pues había corrido mucho mundo y pasado muchas calamidades. “No, Colorao, me voy al médico, a que me vea esta tarde. Solo vine a traer el hato”. Así que el Sabadillos montó en el burro y empezó a bajar una cuesta muy pina y muy larga, llena de curvas. Al poco rato, el Colorao, que ya se olía la jugarreta, le dijo a un chavalín ingenuo e ignorante: “Asómate al zopetero, que tu amo va *mu* malo. Si se cae del burro, se descalabra. Anda, date prisa, ¡asómate a ver!”. “A mi amo no le pasa *na*”, gritó el chavalillo desde el zopetero. “¿Cómo que no?”, preguntó el Colorao. Y añadió el chavalillo: “¡Menudos cantares lleva! ¡Se oyen unas coplas por ahí abajo!”. La cuadrilla de segadores estuvo riendo durante un buen rato.

»¡No ha hecho jugarretas así el Sabadillos! ¡Tiene más picardías que el mismo diablo! —concluyó el anciano, y acercó las palmas de las manos al calor de la lumbre.

Los dos quedaron abstraídos unos instantes, sin desviar la mirada del movimiento hipnótico del fuego. El joven sacó su reloj de bolsillo y se levantó al ver que el tiempo había pasado muy rápido.

—¿Y eso qué es? —El tío Eufrasio observó el medallón que el joven llevaba al cuello.

—Un recuerdo antiguo. Ya le contaré, tío Eufrasio. Se ha hecho tarde.

Se dirigieron hacia la salida. El viejo abrió una puerta situada a la derecha del largo pasillo.

—Mira, esta era la tienda. Como te he dicho, la abrí con el siglo y la cerré con la guerra, hace unos doce años. Quedan en buen estado las estanterías y el mostrador, lo más importante.

El joven se fijó en el amplio local, con una segunda puerta que daba a la calle, pero cubierto de polvo y con alguna telaraña en el techo.

—Muchacho, me alegra ver que eres trabajador y que sigues mis pasos. Pásate por mi casa cuando quieras. La puerta está abierta y solo tienes que empujar.

—Gracias, tío Eufrasio. Volveré pronto. Le contaré lo del medallón si usted me dice por qué dejó la tienda.